



3 1761 09545377 5

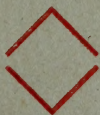
Biblioteca Patria
de Obras Premiadas



Carinos

Novela por

ANGEL GUERRA



Madrid - Barcelona - Córdoba - Sevilla

CARIÑOS

ES PROPIEDAD

LS
G934c

CARIÑOS

NOVELA ORIGINAL

DE

ANGEL GUERRA

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO


(PRIMERA SERIE FUERA DE CONCURSO)

(Tercera edición).

OFICINAS:
FUENCARRAL, 125, 1.º, DERECHA

MADRID

292221
16. 10. 33



Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

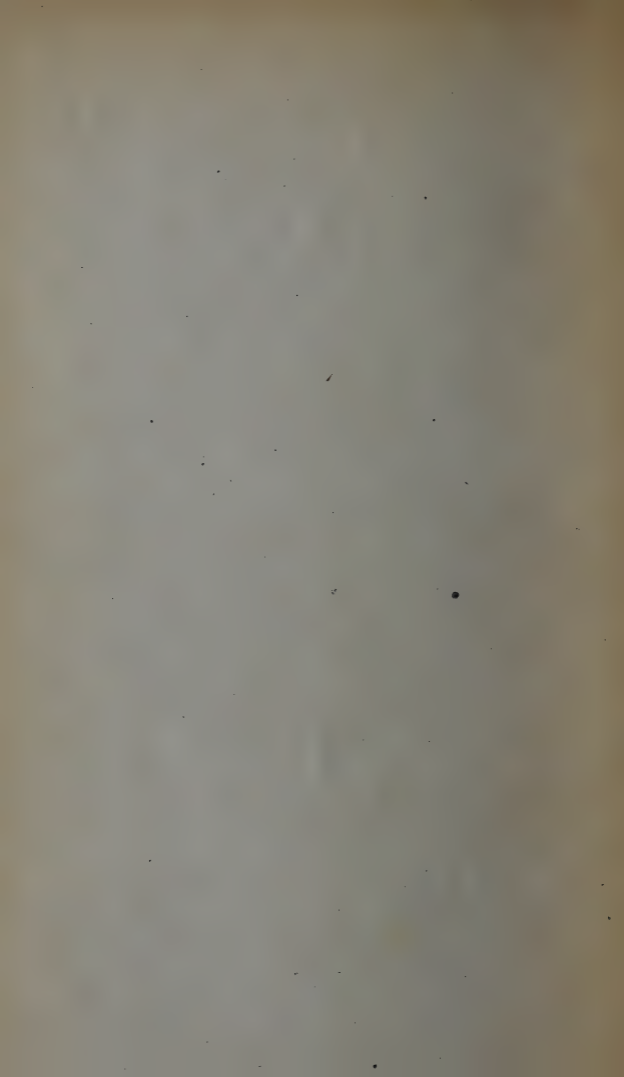
MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»)

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

«¡Dichoso aquel que no ha visto
mas cielo que el de su patria!»



ALDEA NATIVA

ENCORVADO, con la mano en la manecera del arado que abría el surco al tirón de la yunta, el señor Pedro fatigábase barbechando el pedazo de tierra en que tenía enclavada su casa. Junto á la cerca, unos cuantos castaños y naranjos verdeaban con las hojas nuevas. Todo el día, desde la claridad primera, había estado arando. Aún quedaban dos horas largas de sol, y canturreando á media voz aún quería roturar el predio con media docena de surcos más.

—¡Olavellina! Aáá...

—Tercia acá, Lucero.

Mas, al dar vuelta, levantando á pulso el arado y guiando con el movimiento de éste la yunta, la bestia arisca corneaba, rehácia á la voz colérica y al aguijón.

—¡Confiscada! Mañas, ¿eh?...

Y con coraje, la mano del labriego hincaba el aguijón en las ancas, ya ensangrentadas del animal. Más rebelde, entonces, la vaca, hundía las patas, como si las clavara, en la removida tierra del surco. No era blanda al castigo.

Con el genio enfarruñado de viejo, el señor Pedro aún acometía iracundo la carne herida de la bestia.

—¡Diantre! Mesmamente es como el amo.

Y como si esta idea de su propio carácter entero pusiese blandura en sus voces y simpatía en su corazón, recurría á las insinuaciones mimosas, como si dialogara con el animal.

—¡Pésie á mí!... Tumba allá, Clavellina. Tumba... ¿Uyiste?... ¡Tumba... Aaaá!

Rindiéndose á la caricia suplicante, la vaca cedía. La pareja, tropezando en los bordes de los surcos abiertos, daba vuelta junto á los paredones del cercado. Sacudía el señor Pedro la tierra humedecida que se pegaba á la reja, é hincando de nuevo ésta con fuerza, comenzaba á abrir á lo largo otro surco.

Allá por la linde que cae sobre el barranco andaba, cuando oyó voces que le llamaban desde lejos.

—¡Eh: compare Pedro!

Detrás del paredón, en el paredón de enfrente, á la vera del camino, una mujer, que por las trazas era la comadre Pino, ha-

cíale señas con la mano para que se acercara.

—¡Compare! Eh! compare!

—¿Qué?

—Alléguese. Tengo que platicarle.

—Aguanta. Ya voy.

No; nada de prisas. Cuando llegara allí con las yuntas, ya abierto el surco, platicarían.

—Siempre se les antoja á éstas—pensaba el viejo para sus adentros—venir por acá con sol y buen día. La mujer anda al molino y la muchacha no está en casa. Y lo que es yo no *suelto*. Que venga á la *prima*. Puede que quiera que le preste grano. A costales se lo llevan, y no da *pá* dos lunas. ¡Ya! ¡Los críos vienen á montones. No; pues me planto. Ya no más! ¡Contra!

A paso lento, siguiendo el tardo de la yunta, continuaba en su labor marchando hácia la linde, donde aguardaba su comadre. Al llegar, dejó el arado en descanso.

—Tardes güenas, compare.

—¿Qué te duele?

—Pues venía á darle una noticia. Mi hermano... ha venío.

—¿Qué dices?

—Lo que me oye. Esta noche arrecala en casa.

—¿Qué mé dices? ¿Sin noticiarlo? ¡Dian-tre de chico!

—En el pueblo lo ha visto Grigorio. Andaba á busca de caballería. Grigorio díjome que dióle la suya.

—A haberlo *sabío*, va la mía. ¿Y llega?

—Al caer estará. Quedóse á mercas. Y á casa me voy, que sólo vine acá pa que lo supiera el padrino.

—A luego de cenar, allá voy.

—Con que, compare...

—Güenas, Pino.

Quedóse pensativo el viejo, mientras que por el pedregoso camino la muchacha andaba más que aprisa.

¿Qué viento lo habrá echado pa acá? cavilaba, sin acertar á responderse el señor Pedro.

—¡Bah!...

Y viendo que el sol ya tramontaba los altos picachos cercanos y que en el valle la tarde caía con su sombra húmeda, de paz y descanso, como si quisiera ganar aún el



rato de labor perdida, empuñó de nuevo el

arado y aguijoneando á la yunta, que al arrancar hizo crugir el yugo, gritó de nuevo:

—¡Aaá!...

Dos surcos más echó de linde á linde en el cercado. Pero la noticia tanto le distraía removiéndole dentro cavilaciones, que no echó de ver que la reja no ahondada en la tierra y que los surcos nuevos curvaban la línea al ir á par con sus compañeros.

Vereda adelante, al lado allá del barranco, un rebaño sonaba las esquilas, de regreso al aprisco. Las cabras retozonas levantaban nubes de polvo al andar, arremolinándose unas veces en apretado haz, y cuando el viejo mastín, ladrando á desgana solo por asustar, se revolvía mordisqueando levemente en la pelambre de las reses, desparramábase el ható y trotaba, sonando entonces más locas y clamorosas las esquilas, cuyo rumor corría sobre el valle en el silencio amable de la tarde.

Llegaba á la sazón el viejo á la linde. Detrás del rebaño, pastoreándole venía Pancho, con el cayado á la espalda, que sujetaban los brazos arqueados hacia atrás, canturreando á media voz.

Desde acá gritóle el viejo Pedro. Que supiera la noticia. Al fin el mozo se había de alegrar. Antonio y él la misma edad contaban y pastores fueron, corriendo el monte, cuando chicos, y se disputaban con la honda en porfías empeñadas; y aun en los noviazgos primeros juntamente se aventuraron.

Sí que se alegró el muchacho. ¡Qué sorpresa! No sabía nada.

Y con un

—A la paz de Dios.

—A más ver,

se despidieron. Pancho siguió animando con voces la marcha del rebaño vereda adelante. El viejo quiso echar la última surcada, arreando la yunta, ya cansina, con fatigas de tan larga jornada de sol á sol. Desunció las vacas, que resoplaron satisfechas, y dejando caer el arado sobre el campo, condújolas hasta el establo.

Cuando llegó á casa ya estaba la mujer de regreso del molino y con la muchacha por la cocina trajinaba.

—¿Cenamos?—voceó desde el patio el señor Pedro, impaciente. Quería despachar pronto para llegarse á ver á Antonio. Hurgábale dentro la comezón de soltar la noticia en casa, pero conteníale el gesto avinagrado que pondría su mujer y la sorpresa que iba á ocasionar á *Meli*. Ya se las daría con maña después de la cena. ¡De buen humor se iba á poner la señora Brígida! Después de todo, puede que la tomara por las buenas, si no se le recrudecía el reconcomio con el chico, á quien tenía por descastado.

Como no le contestaran y las mujeres siguieran hablando dentro, de nuevo volvió á gritar:

—¿Qué? ¿Se cena en casa?

A la puerta, bajo el balconcete del granero, donde las mazorcas reseca, curándo-

se al sol, enristradas en las columnas blanqueaban en la oscuridad nocturna, apareció la gruesa figura de la señora Brígida, con la falda recogida en un pliegue á la cintura, y asomando bajo de ella el rojo refajo.

—Aguanta, hombre. ¿Qué prisas hay?

—Ganas.

—Pos, espera.

Sentóse en el muro de la acequia, por donde el agua corría charlatana y saltando en el remanso del lavadero con golpe de risas y lágrimas, bajo las ramas del viejo castaño que sombreaba el patio tendiendo sus gajos sobre el alero, donde las palomas salvajes solían anidar y en la noche se arrullaban. ¡Qué bien se estaba allí! De la alta sierra bajaba un aire grato que hacía mover ligeramente los árboles, como si se estremecieran de placer á la caricia del viento.

La cabeza descubierta, desabrochada en el cuello la recia camisa de lienzo, gustaba el viejo Pedro aquella hora de descanso. Entonces era el echar cuentas y cavilar sobre las cosechas del año.

—Bien viene el trigo. Puede que me lleve lo menos diez costales. Si las legumbres no se aljorran, ganancia hay. ¡Diantre! Los manzanos... Mal... No pintan mucho... Ni los perales... En nueces, si se logran, algo se sacará... Pos, á ello.

De estas cavilaciones sacáronle las voces de la señora Brígida.

—Adrento. Ya está.

Cenaron «en paz y compañía». El señor Pedro, silencioso, curioseando con los ojos á ver el temple que gastaban aquella noche las mujeres, inquietado del ánsia de echar fuera la noticia, comía distraído y apresurado. *Meli* contó la desgracia de Pancho. Ella misma había visto la cabra desriscada, cojeando con la pata rota y la pelambre ensangrentada por los desgarrones de las zarzas al voltear risco abajo. El animal daba unos balidos que partían el alma, como si se quejara. No se podía mover. Pancho se la cargó á la espalda y echó á andar con ella, la cara triste, hoscos los ojos, mientras que la res continuaba como llorando.

Terminada la cena, *Meli* recogió la loza y se metió en la cocina. La señora Brígida comenzó á quitar la colcha roja de la cama, como todas las noches, para que no se estropease, y á disminuir aquel montón de almohadas blancas de la cabecera con sus encajes almidonados. El viejo Pedro, en silencio, abrió la puerta. Su mujer, al verlo, dijo:

—Suelta el perro... Atranca bien el granero.

—Luego.

—¿Cómo?... ¿Ande vas?

—Casa la comare Pino.

—¿Qué antojo tiene?

—Nada. Es...

No quiso el viejo declarar en voz alta la noticia. Puesto en el trance de darla, acercóse á su mujer para decirle:

—Es que ha venío...

—¿Quién?

—...Antonio.

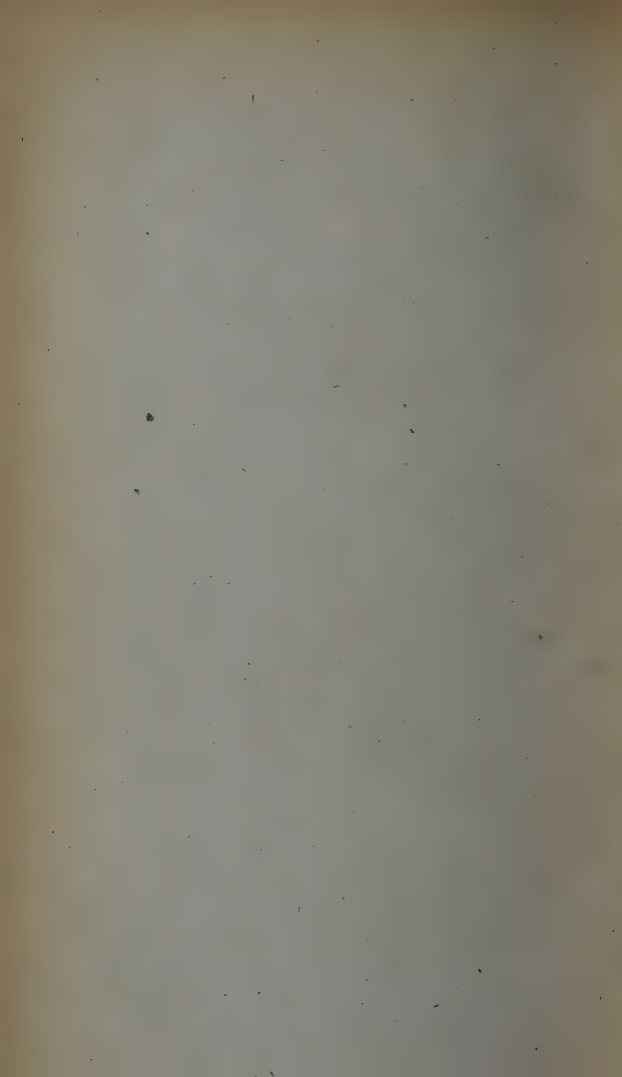
La señora Brígida, suspensa al pronto por la sorpresa, después comenzó á hablar á solas. El viejo traspuso la puerta.

—¿Con que ha recalao?... ¿Oyes, *Meli*?

—¿Qué?

—Que ha venío Antonio.

En el umbral de la cocina *Meli* estaba en pie, roja como las cerezas del huerto.



II

BIENVENIDA

SONARON pasos de caballería en el camino. Los cascos herrados resbalaban sobre los pedruscos y al herir la roca viva arrancaban fugaces chispas. Al oírlos, Pino que avizoraba desde la ventana de la casa, bajó al patio á prisa. Tras ella salió al portillo, Gaspar, su marido, con el farol de regar en la mano, cuya pálida luz, al bracear el mozo, oscilaba corriendo su claridad sobre el suelo y metiéndose entre la zarza de los bardales.

Gildo, el chico mayor, corría delantero gritando: ¡el tío! ¡el tío! Maruja, la rapaza de siete años, seriecita siempre, andaba lentamente, como avergonzada, casi suspirante, siguiendo á su hermano. Toñillo, el más pequeño, lloraba en el patio á gritos.

¡Dejarlo solo! También él quería ir. De lejos gritó Gildo:

—Calla.—Y loco de júbilo seguía su cantata:—¡El tío! ¡el tío!

Desmontóse Antonio. Abrazóle su hermana con hondo afecto en regocijo. Gaspar dióle la mano, apretando con fuerza, y después golpeole en los hombros, mientras repetía:

—¡Cómo vienes!... ¡Arza... y con señoría!

Antonio poco hablaba, mientras la hermana y el cuñado desahogaban el regocijo con cariños de tosca expresión, pero salidos de dentro. En un minuto querían enterarse de la vida de Antonio en tantos años de ausencia, de las aventuras del viaje, y en la charla rápida, cortada, sin hilación de ideas, entremezclaban recuerdos, recriminaciones, promesas. No saciaban la curiosidad nunca. Una alegría loca los tornaba insistentemente habladores.

Viendo á los dos chicos, Antonio preguntó á su hermana:

—¿Son los tuyos?

Rápido Gildo, púsose delante; con la manga limpióse la boca esperando la caricia y con mohín picaresco contestaba:

—Yo; Gildo...

Contrariado al ver la cara tostada del muchacho, con la tierra pegada á la piel, Antonio contentóse con ponerle la mano en el hombro sobre la chaqueta de burda lana.

—Crecido estás.

Comenzaron á andar por la vereda hacia la casa.

Junto al portillo, Maruja se quedó reza-gada, entristecida. ¡A ella no le había di-cho nada! Algo así como un sollozo quiso subir á su garganta. Mas allá dentro se quedó ahogado. Con lento paso, cuando to-dos estuvieron ya en casa, encaminóse al patio y junto á la puerta quedóse, silencio-sa, escuchando la conversación, con miedo á entrar. Cuando pudo, deslizóse, y detrás de Pino, oculta por la falda de su madre, se sentó.

Toñillo, tímido, asustado al principio an-te la presencia de un extraño, metiendo la cabeza en el regazo de la madre, corretea-ba ahora por la sala gritando, golpeando á sus hermanos, y aún se atrevía á acercar-se á Antonio. Mas cuando la mano del tío pretendía retenerlo, prendiéndole por el traje, huía veloz, chillando, y al estar junto á su madre, como en seguro, volvía la cara con mueca burlona, restregándose los pu-ños, mientras su media lengua repetía, en-tre risas:

—Rabea...

En tanto que Pino en la cocina prepara-ba la cena, los dos cuñados charlaban sin descanso.

Gildo, con ojos ávidos, curiosos, fijábase en el tío. ¡Ya verían mañana en la aldea lo que era un *indiano*! ¡Como su tío ninguno! ¡Que echara fachenda Carrasca con su pa-

dre! ¡Qué de cosas iba á contar al otro día en la majada! ¡que rabiaran!

Y atento, escudriñando todo, mientras Antonio distraído charlaba, fijábase el chico en el traje; aquel pantalón blanco; las botas de amarillo color relucientes y el rojo pañuelo de seda anudado al cuello. Y en el bolsillo la petaca con cigarros. ¡Dios, y qué atracón de fumar se estaba dando su padre! ¡Cosa buena debía ser aquel tabaco!

Maruja, olvidada en un rincón, habíase quedado dormida. Despertóla la voz de su madre.

—¡Maruja!... ¿Qué haces?... Te mato, condenaá.

Levantóse mohina, avergonzada, componiéndose el vestido. Su tío la había mirado.

—Oye, ven acá. ¿Cómo te llamas?

—Ma... ru... ja... Y la chica rompió á llorar.

Cansado de corretear por la sala, travieso y alborotador, Toñillo acabó por subirse á las piernas de Gaspar y quedóse dormido con los brazos echados al cuello del padre y sobre el hombro de éste su cabecita reclinada.

No tardaron en cenar. Aun estaban en este menester, cuando el perro comenzó á ladrar en el patio y corría hacia el portillo. De pronto calló y Gaspar salió á la puerta.

—¿Quién va?

—Güenas y santas, compare.

—Adrento.

Por la vereda adelante sonaban los ruidos zapatoneros herrados del señor Pedro y el golpe de su cayada.

—¿Ande está el hombre?—decía desde lejos.—Güena salud ¿eh?... ¡Diantre, con él!...

Dentro, en la cocina Antonio reñía con su hermana. No quería ver á nadie. Estaba rendido, necesitaba descanso. Ya sabía él cómo las gastaban en la aldea.

—¡Si es tu padrino!

—No; no quiero ver á nadie.

No ignoraba que tan pronto cundiera la noticia de su llegada, la gente vendría á chismorrear de largo, violentándolo á preguntas. Con ellos vendrían los zapatoneros con el estiércol de las gañanías y en las ropas el olor acre del ganado; las manos callosas de la esteva, cuarteada la tierra en ellas amasada, que aprietan brutalmente al saludar.

Luego el conversar monótono, mareante. Aquella gente por todo se interesan. Las viejas lloran al relato de cualquier desgracia ajena. Cuantos nombres de conocidos ausentes recuerdan, los traen á colación. En un momento le enterarían también de la vida en la aldea durante el tiempo de ausencia. La vaca que se murió; ¡cuántos lamentos! La buena cosecha de hace cuatro años; ¡qué alabanzas! El cortijo en venta, el estanque en fábrica, un viejo menos, un chico más, todos esos insignificantes detalles que constituyen la vida campesina, con sus inquietudes, sus alegrías y sus pe-

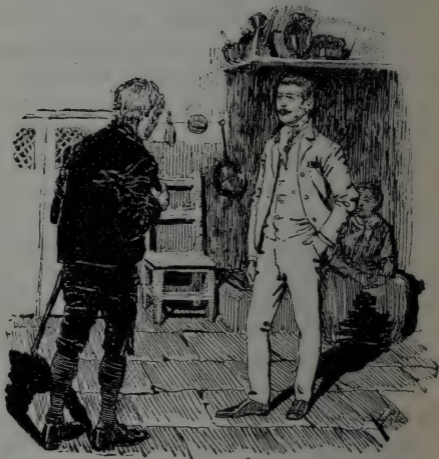
nas, vendrían de un tirón á contarle. No quería saber nada. A él, estas cosas, ¿que le importaban?

—No quiero ver á nadie—repetía.

Mas, en el patio, la voz recia del señor Pedro, sonaba á gritos:

—¿Onde andas?... ¡diantre!

Y se entró per la casa adentro, golpeando con la callada el suelo. Antonio ceremoniosamente, con afectada frialdad, se puso en pié. ¡A ver si se marchaba! El viejo Pe-



dro hizo ademán de abrazarlo, y aun parece que sus ojos se aguaron, pero Antonio tendióle secamente la mano.

—¡Qué majo!... Diantre, con Toñillo!...

—Siéntese, si gusta.

Antonio, con la mirada hurafía, clavó en él los ojos al hacer la invitación en tono desabrido, como indicando que molestaba. Comprendió el viejo Pedro. Sin duda lo había enojado el mote cariñoso con que le llamaban de chico. Rascóse la cabeza, metiendo los dedos entre las crenchas de cabello amasado con sudor y tierra y se quedó caviloso, no sabiendo cómo salir del paso. No parecía aquel hombre con empaque de ciudad, su antiguo ahijado, el cabrerillo de antes.

—Venía... señor Antonio... digo que venía... á saber de... de... don Antonio... Si llegó bien, me alegro. Con salud sea, y por muchos años.

Aun charló el señor Pedro de muchas cosas. Estaba desconcertado.

—Y acá, ¿por mucho?

—No sé; unas semanas, un par de meses á lo más. Aquí no me hallo.

—¡Si esto es gloria!... Los castaños están reventones... Y echa ¡el tiempo!... Es de criar... Granan ahora los trigos que es una bendición. Verás...

—A eso vengo. Enfermé y me han echado para acá á reponerme.

—Con este aire todo maleficio sana. ¡Y el agua! Con ella la salú entra, mismamente que la tierra la empapa. Lo mismo, hijo. Como robles nos criamos! Mírate en mi estampa. Ni un mal dolor de tripas. Y con mis sesenta á cuestras. De puro viejos damos las *boqueadas*.

—¡Felices ustedes! Con salud nada más se contentan. Caen como bestias en el campo, sin haber visto nada. Hay mucha tierra por delante. Esto no es vivir, créalo usted. Allá...

—Yo, aquí. La coicia no es amiga y tié entrañas de madrastra. El calorcito de acá es mucha cosa. La *vía*, hombre. Con una miaja de cosecha, un poco de sol y güena salú, vamos tirando. Ya nos ves ¡contentos como unas páscuas!

Siguieron la conversación. Venía cambiado Antonio. No quería ya la aldea. ¡Cómo le echaron á perder el caletre los años que estuvo viviendo en otras tierras distantes! El señor Pedro pensaba que lo había recibido muy mal, cuando venía tan alegremente á saludarlo. No; no volvería más.

Púsose en pie, echó mano al sombrero, descubriendo la cabeza respetuoso, confuso, desconcertado, despidiéndose:

—Güeno, con salú sea. La casa es la misma. Sabes el camino. Si quieres, allégate por allá.

Todavía en el patio charló con Pino y con Gaspar. Ellos también extrañaban el genio ahora hosco y displicente de Antonio. Este llamó desde dentro á su hermana. Quería descansar. ¡Uf! ¡gente más molesta!

Unos tras otros, á medida que la noticia de la llegada del indiano cundió por la aldea, fuegon llegando. No pasaban desde el portillo. Pino los recibía y despachaba.

—Está güeno... sí... se ha recogío.

Y se marchaban contrariados. Una vieja insistió. Deseaba verlo y lo pedía llorando. Quería noticias de su hijo, muerto allá, en las tierras lejanas...

III

LEJOS

CUANDO á Antonio se le metió en el magín el viaje á América hubo duelo en casa.

¡Qué desatino! ¿A qué iba á allá? Regalo no tenía al calor de los suyos, pero no lo empujaba á expatriarse la miseria. Los cuatro pedazos de tierra algo daban y eran un buen acomodo para un aldeano. Luego no había otro hombre en casa. Cierto que la muchacha, Pino, andaba en vísperas de casarse, pero no era lo mismo un yerno que aquel hijico de las entrañas.

Pero, Antonio, firme en sus propósitos, no atendía consejos ni á promesas se allanaba. Quería marcharse. Y no hubo entonces más remedio que arreglarle el viaje. ¡Lástima daba ver á los dos viejos! Como

no había dinero en casa, Gregorio, el padre, llevó la yegua al pueblo á malbaratarla, vendiéndola á un tratante. ¡Aquella bestia tan resistente en el trabajo!...

Era una fuente de abundancia, más que la tierra. ¡Ay!, todos los años daba crías de buen precio. Pero ¿qué hacer? También se iba el chico y con él las alegrías de la casa. ¡Hasta á *Meli*, la novia, sin pena la dejaba!

La señora Petra, su madre y Pino, largos días trabajaron arreglándole la ropa para el viaje. Entre puntada y puntada de la aguja, de aquellos ojos cansados caían, á escondidas, las lágrimas. ¡Locuras de muchacho! No lo volvería á ver, si algún día retornaba, ya no la encontraría á ella en casa. Con aquel golpe al corazón y sus años, pocos días de vida le quedaban por delante. ¡Criar hijos para estos dolorosos trances!

Así cavilando, entre suspiros y sollozos se pasaba las horas del día, y durante la noche no podía cerrar los ojos un instante. Queriendo hacerse el fuerte, el señor Gregorio, fingiendo mal humor, se encaraba con su esposa.

—¡No es pa tanto! Si güelve, mujer. Bien está; que corra mundo.

Ella no salía de su estribillo:

—¡Pobrete!...

Siempre acababan, en el silencio de la alcoba, ahogando todo ruído por no sobresaltar á Pino, llorando los dos y á dúo repitiendo:

—¡Pobrete!

—¡Ay, pobrete!...

La marcha de Antonio fue de madrugada, cuando aún en el cielo brillaban los últimos luceros de la noche con su dulce claridad blanca, los luceros amigos de la gente aldeana. El padre también quiso acompañarlo á la ciudad hasta que se embarcara. Nada de despedidas.

Mientras las mujeres dormían, se ensillaron las caballerías que los vecinos prestaron, y rápidos se dispusieron á cabalgar.

Aún Antonio escuchó, al atravesar el patio, cerca de la alcoba de su madre, un largo y hondo suspiro. ¡Qué suspiro! Tras éste, entre el hipar sollozante, la triste frase, repetíase:

—¡Pobrete!... ¡Mi alma!...

Hasta el muelle, en la lejana ciudad, acompañó su padre á Antonio. Cuando la gabarra, con emigrantes, como los lanchones con reses de matadero, amontonados, astrosos, arrancó, quedóse el viejo solo, parado, entristecido, mirando cómo mar adentro, con rumbo al navío, aquel mónstruo fuera del puerto anclado, y dejando atrás la estela como un camino de ilusiones y cariños pronto á borrarse, la gabarra avanzaba á golpe de remos, cortando el agua, amarga como lágrimas. Para limpiarse los ojos aguados sacó el viejo el pañuelo y maquinalmente lo agitó en el aire. No le contestaron. La brisa traía hacia tierra el rumor de coplas cantadas á bordo de la bar-

ca. ¡Iban alegres! Acá ¡qué tristes se quedaban!

Al principio, en los primeros años, se recibieron cartas de Antonio. Cuando sus padres murieron, casada su hermana, ya no escribió más. ¿Para qué? Cada cual seguía su ruta en la vida. El ya no volvería á la aldea natal. Recordaba en América con horror los días de trabajo como bestia y con asco aquellas gentes rudas, casi bárbaras, que se contentaban con vivir en estado semi salvaje, curtiéndose los cuerpos al sol y al agua, muriendo sobre un camastro sin haber visto del mundo nada. ¡Qué diferencia! Con ira acordábase de sus días en la aldea. Ahora, entre el ruido de las calles en la populosa ciudad americana, sentía Antonio que se le ensanchaba el alma. ¡Era gloria la vida! Trabajaba, pero el dinero ganábalo á puñados. Aquellos eran amigos, obreros que habían redimido la servidumbre, que se conjuraban fraternalmente para mejorar las condiciones sociales del proletariado. ¡Con qué interés todos se ayudaban! Eran hombres libres, compañeros, hermanos. Se ilustraban, tronando contra la esclavitud blanca, contra los adscriptos á la gleba, los míseros siervos del campo, únicos que renunciaban al espíritu libertador y societario. ¡Si conocieran á la gente de su aldea! Ante este recuerdo, sentía Antonio una vergüenza inconfesable. Y respiraba, entonces, fuerte, como desahogando la ignominia pasada, cuando él también re-

ventaba sobre el surco los músculos, contento sin ver más horizontes ni vivir otra vida que la de su aldea natal.

Pronto la echó en olvido. El vértigo de la nueva vida cambió en él la naturaleza antigua, descostrando los viejos sentimientos é infundiéndole con otras ideas un espíritu nuevo. Con el traje á la moda se vistió también un carácter de ocasión.

Bien vivía. A punto estuvo de casarse, ya olvidado de *Meli*, la zafia lugareña que fue su novia. Pero le traicionó la prometida, hija del capataz, abandonándolo por otro, libertino y con gracia.

Por entonces enfermó. El rudo trabajo había consumido sus fuerzas. Largas fueron sus noches de fiebre, solitario en el lecho, sin amigas manos que le cuidaran, á merced de gente á quien estos servicios se pagan. Los compañeros cumplieron su deber en este caso: no faltó el médico. Desvelos y solicitudes no podían demandárseles. ¡Dejar el trabajo! ¡Consagrarse á la misericordia de cuidar enfermos! No era reglamentario.

A la postre, Antonio pudo convalecer. ¡Qué mal estaba! Eran imprescindibles unos meses de reposo y cambiar de aires. En su país hallaría descanso; y lo mejor era el viaje. Pero ¿tan acabado estaba? No hubo más remedio que aceptar el mandato. Insistían los compañeros y los médicos lo aconsejaban. Bien; al viaje. Tres meses alargaría la ausencia. Vendería de paso los cuatro te-

rrones heredados de su padre, y retornaría ya sano, pronto otra vez al laboreo en la fábrica, junto á los hornos.

Fue triste la marcha. Sentía como un dolor vivo en la carne la partida, dejando atrás la bella ciudad americana, aquella vida alegre, divertida, en grande, y los amigos, compañeros, hermanos. Dentro le lloraba el alma.

Cuando el bote desatracoó y puso proa al trasatlántico, miró angustiosamente el contorno de la ciudad que se corría hasta la orilla para mirarse sus monumentales edificios en las transparencias del agua.

Por una asociación de ideas, evocada inconscientemente la vieja visión en el recuerdo, acordóse de la figura de su padre, ya muerto, sobre el muelle, hacía muchos años, solitario y triste, agitando el pañuelo al aire.

Ahora, por más que sus ojos tenaces se fijaran; no alcanzaba á ver á nadie...

IV

AL HABLA

No dejaba dormir á Antonio aquella tos que le desgarraba el pecho. Convulso y congestionado, alzábase en la cama crispando los puños, mordiendo las sábanas, haciendo crujir el catre. Noches de insomnio, largas, dolientes, que venía á consolar el perezoso albor del nuevo día clareando en la ventana. La luz madruguera, ya en sedación los nervios del enfermo, parece que le traía toda la alegría del campo que amoroso se desperezaba también con olor de tierra húmeda, de tierra en flor.

El trajín del viaje había hecho resentir más la salud de Antonio. A los pocos días de llegada, ya con más reposo, sorbiendo con avidez el aire grato que tramontaba la

sierra y corría el valle, cesaron las noches de fiebre. La tos no le desvelaba tanto. Ya salía al patio á tomar el sol, y con su hermana charlaba á placer. Pino esforzábase en distraerlo y animarlo.

—Verás—decíale—con leche y un buen rato de sol al día, hombre derecho, ¿sabes? Gildo ha traído una cabra de buen año, la mejor. Se cae de llena. Pos toita la tiés que beber. A la fuerza. ¡No faltaba más! Regalo de probes es y salú de enfermos.

Monótonos pasaron los primeros días. Durante las noches de insomnio, con la nostalgia de la vida de allá agarrada al alma, Antonio pensaba con ahinco en la vuelta. Dentro de un par de meses, sano ya, retornaría. Antes necesitaba arreglar su parte de hacienda. La vendería. Si su hermana le daba lo que valiese, que se quedara con ella. Si no, que corriera la voz, y algún comprador se presentaría.

Los cuatro tirajos de tierra no daban nada. Si era bueno el año la cosecha no pasaba de unos cuantos costales de trigo. Vendidos ¡una miseria! La huerta, allá se las andaba. Los árboles apenas si criaban una docena de banastas de fruta y en hortalizas acaso si se sacaban cuatro cuartos. En el rebaño tenía la mitad, lo mismo que en la yunta de labor. Todo entraba en la herencia. La casa poco valía, es verdad, casa de labranza no muy holgada, pero bien podía correrse con algo, aunque no fuese mucho, el comprador del cortijo. Por

su parte, á todo tirar, sacaría una docena de onzas. Con ello pondría un remiendo á los gastos del viaje y de la enfermedad. Decidióse á vender sin dilación, antes de que el tiempo pasara y el día de la marcha le sorprendiera sin haber arreglado sus negocios, desarraigándose así para siempre de la aldea, á la que ya nunca pensaba tornar. Cierto que su hermana nunca dejó de enviarle la renta, cuatro cuartos. Pero ¿para qué le servía esa miseria allá? No; vender era indispensable.

Sentados al sol en el patio Antonio y su hermana, platicaban una tarde. Silencio solemne corría por el valle y á lo lejos sonaba el campano de una vaca pastando en el campo solitario. Como si el silencio acosara la idea, Antonio dijo de pronto:

—Oye, Pino. ¿Te quieres quedar con la casa? A ver ¿cuánto das?

Pino se quedó pálida. Súbitamente sintió en el corazón el golpe. Una idea triste, borrosamente esbozada, pero con rapidez comprendida, cruzó por su mente, sin llegar á formularse en estas palabras: ¡nos echa! ¡quiere vender la casa!

No contestó. Fijos los ojos en su hermano, los ojos de melancólica tristeza llenos, como si quisiera aun convencerse de que había soñado, estuvo largo rato. No sabía bien Pino lo que pensaba, ni las ideas eran concretas en su cerebro. Por él pasaba como una bruma de recuerdos lejanos. Sin razonar, no dándose cuenta de sus pensa-

mientos, comprendió sin embargo toda la gravedad del caso. ¡Vender el cortijo! ¿Cómo podía Antonio ni siquiera pensarlo? Sentía ella un apego indestructible al terruño, á los cuatro tirajos de tierra que cultivaban. El abuelo, el viejo Mateo, compró el cercado y la casa. A fuerza de sudores y rebañando consiguió dejar un pedazo de tierra á los suyos. Vivió para aquello nada más. No logró ver más que la primera cosecha, y cuando los costales de grano, á hombros de su hijo, se subían á la troje, lloraba el pobre viejo de regocijo como un niño. El padre de ellos, el señor Gregorio, rebañando también con el producto de las miserables cosechas, trabajando sin descanso, como una bestia de sol á sol, y muchas noches de claro en claro, contento, con la esperanza de ensanchar la hacienda, si Dios era servido en favorecerle con unos cuantos años de salud, había comprado el huerto. El mismo plantó, con su propia mano, alguno de aquellos castaños nuevos, de tronco robusto, de ramaje espeso que, agarrados tenazmente al suelo, ni los vientos desencadenados de invierno lograban siquiera estremecer. Para el señor Gregorio no había más recreo que sentarse, en la tarde del domingo, al soko de la pared de la huerta, y contemplar con ojos de enamorado los árboles cargados de frutas, verdeante el pomposo ramaje. Como á hijos los miraba.

Ellos también, su marido y ella, vencien-

do escaseces, á fuerza de privaciones y ahorros, habían ido amontonando las rebañaduras de las cosechas. Había que seguir la tradición familiar: continuar ensanchando el cortijo. Nunca había pensado Pino en que pudiera venderse, desmoronando cien años de afanes, sudores y sacrificios. ¡Si el viejo Mateo, su abuelo, levantara la cabeza! ¡Si el señor Gregorio resucitara!

Todo esto pasó rápido y esfumado por el cerebro de la muchacha.

Cortada, sin saber qué decir, no pudo contestar:

Viendo el silencio de Pino, de nuevo insistió su hermano:

—Hay que vender. No me vale nada. Cuatro ochavos al año no sacan de miseria. Anímate y dí á tu marido que compre. Aunque mejor es que lo vendamos. Comprador quizás no falte.

Fiera, irguióse entonces Pino, lívido el rostro, los ojos centelleantes, con ese ímpetu de celosa que ve en riesgo lo que ama.

—¡Nunca!... Nosotros lo compramos.

Un soplo de aire trajo hacia el patio el ruido de las ramas estremecidas y el olor de los naranjos con azahares. Tras las altas cumbres el sol se hundía triste y pálido, y en el silencio de la tarde sobre el valle, al comenzar á caer las sombras sonaban lejos las esquilas de los ganados que retornaban á los apriscos en la aldea, y á distancia la flauta de un cabrerillo parecía que lloraba.

AMIGOS DE LA CASA

DESDE el portillo, con su cancela de madera, ennegrecida por la lluvia y el sol, venía la vereda hácia el patio de la casa. A la vera de ella, entre las zarzas y los espinos que entrelazaban sus ramas, rosales salvajes asomaban sus rojos capullos y más humildes las silvestres retamas, escondidas en la enmarañada fronda, se atrevían á asomarse al aire, enseñando sus pobres flores amarillas. Viejos eran... Al abrigo de la casa habían vivido siempre. ¡Dios sabe cuantos años, sin mimos, sin cuidados! Abrían los capullos, deshojábanse solitarias las rosas, secábanse los gajos. Siempre igual.

Allí, apegados á la tierra nativa, reproducíanse libremente. Si muerta la savia, el

tronco viejo caía, á su lado el retoño nuevo encargábase de dar rosas y abrirlas. ¿Quién pensó en ellos? Nadie. Una mano dejó la simiente, quizás el aire de la aldea llevó también alguna y allí se criaron los rosales salvajes, libres, sin mimos, con la lluvia del cielo y el sol de los campos, que á los bordes de la vereda vivían á sus anchas.

Allá, al fondo de la huerta, en un rincón, alzábanse los muros del estanque recubiertos de musgo, rezumando humedad. Viejos también... ¡Cuántos años! Deslizándose por la atarjea, silenciosa y lenta llegaba el agua y desde lo alto despeñábase dentro del estanque; allí rebullía, espumante, ensanchándose en rítmicas ondas, y después, casi á ras de tierra, por el caño abierto en el muro, salía con fuerza el chorro vivo, bullente, que de nuevo, por el cauce de tierra, entraba al huerto, y el azadón, rompiendo los surcos, le iba trazando camino, ora por aquí hasta que empapara el suelo, después por allá, más lejos, haciéndola seguir adelante, para que fuese á refrescar las sedientas raíces de las plantas. ¡Cuántos años así!... Grieteábanse los muros del estanque; quizás amenazaron alguna vez caerse de viejos. El agua nunca faltó á la cita. Todas las noches venía desde lejos, y en el silencio nocturno, tan solemne en la soledad del campo, su rumor al caer parecía la música, canción de madre ante la cuna, con que arrullaba el sueño de la casa. ¡Qué dulce y qué viejo el son del agua! A la

claridad de las estrellas ¡qué blanca! Toda su hermosura mostrábala en la noche. De día, como cortaban su corriente más arriba, íbase á saltos á regar otros huertos humildes, repartiendo alegrías aldeanas, llenando de flores y de verdor el campo. ¡Ah! Era la eterna amiga de la aldea, la vieja amiga de la casa. ¡Qué tristes los huertos que no visitara! ¡Igual que mozas sin novio, roídos de pena, no se engalanaban!

Como un abuelo, allí en otro rincón, estaba el roble centenario. Grueso el tronco, recio el ramaje, las raíces agarrábanse tenaces á la tierra como desafiando á los vientos á que tentaran de allí arrancarlo.

Muerto caería, destrozado en la lucha, sin hojas, desgajado, pero siempre sobre la tierra en que naciera, la tierra madre que lo criara. ¡Pobre anciano! Enfermo, descascarándose, con hendiduras en el tronco, aun se mantenía gallardamente en pie. Cierto que era inútil. Ningún fruto daba. Comprendiendo su esterilidad, agradecido, esforzábase en alargar las ramas para que su amable sombra pudiera mejor cobijar á los que la buscaran. No pudiendo, para vivir, halagar el egoísmo, procuraba hacerse grato á la piedad. ¡Era tan viejo!

Nació al azar. Cuando creyó que lo arrancarrían por inútil, vió con asombro que lo cuidaban. Ya grande pagó con creces tantos cariños. Bajo la sombra de sus ramas, en las horas de calor, cansados del laboreo campesino, los hombres sentáronse á repo-

sar, y los chicos colgados á sus gajos, escondiéndose entre la fronda, muchas veces se solazaron. Las bestias de labor, como si á ellas también alcanzase el regalo de familia, al medio día, huyendo el sol, tendiéronse perezosas sobre la tierra, al frescor del húmedo sombrero.

¡Ah! ¡Otro amigo! Cuando no vigilaba en los bardales, velador y fiero, el perro ya envejecido, tumbábase al sol, con sueño plácido. Al más leve rumor, desperezábase. Por fiel, en riesgo tuvo la vida en ocasiones. Herido á golpes, aún resistía en su puesto de confianza. A su custodia el cortijo solitario, bien seguros estaban el huerto y el granero. Con poco contentábase, dando por pagado tanto cariño con que le dejaran corretear en el camino con los chicos y dormir, á la hora de sol, en el patio. ¡Venerable abuelo, viejo amigo de la casa!

VI

MAL DE ENOJOS

NO salía Antonio de casa. A solas sentíase mejor. El continuo toser malhumorábale, y hosco y desabrido de genio á causa de la enfermedad, repugnábale el trato y la conversación de la gente aldeana. De muy pocos habíase dejado ver, soportando el charlar incesante con que mataban el tiempo los visitantes. Al correrse por el caserío la noticia de que venía enfermo, más obsequiosos y preguntones se volvían aquellos labriegos. Querían todos enterarse y con fe campesina recomendábanle remedios caseros. ¡Tantas curas habían hecho!

Gustaba Antonio de la soledad. Cuanto más solo, hallábase más contento. Sentado en el balconete del granero, pasaba allí las tardes, rumiando sus males y melancolías,

deseoso de que nadie le acompañara. Cuando recobrase las fuerzas pasearía por caminos solitarios y subiría á los picachos para respirar el aire de las alturas. Mientras tanto, forzado á estar en casa, distraíase mirando la huerta cercana, contrariado, triste, pensativo. Molestábale todo ruido. A cada instante, Pino reñía á Toñillo, que alborotaba corriendo por el patio y revolcándose, en juego con el perro que ladraba fingiéndose irritado, mientras el muchacho atronaba el aire á gritos.

—A ver, Toñillo, que te castigo. Quieto, que se enfada tío.

Toñillo callaba un momento, mirando asustado, desde lejos, la cara seria de Antonio. Mas, á los pocos instantes, tornaba á sus juegos infantiles. Retozón el perro, buscaba al chico, empujándolo, metiéndole la cabeza entre las piernas y cuando Toñillo agarraba por las orejas al animal sacudiéndolo, ambos caían revueltos sobre el suelo, perneando al aire con regocijado retozo, acometiéndose á puñados y á mordiscos. No se hacían daño; eran amigos.

Contra el sobrino y sus juegos sentía una cólera sorda Antonio. ¡No servían más que para molestar los chicos!

Desde el balconcete, corrían sus miradas distraídas por el paisaje. Todo aquello era horrible. Cuatro viejas casuchas de mísero aspecto, componían el caserío. Allí las gentes y las bestias, muy juntas, pared por medio casi, convivían. Desde el lecho, los cam-

pesinos podían oír el inquieto remuzgar de las vacas en los establos y el olor del estiércol húmedo llegaba á las mismas alcobas. No podía explicarse cómo no moría aquella gente. En un cuartucho estrecho dormía una familia entera. Más allá la cocina y encima el granero. ¡Y se creían felices! Así vivían, así llegaban á viejos. La paz reinaba en las familias. Trabajaban todos en común, bajo la autoridad paterna, laborando la hacienda. ¿Para qué? Nadie cobraba el sudor. La cosecha iba á la troje y, cuando se vendía, el padre encerraba en la bolsa los dineros. Era, sin duda, la peor servidumbre. ¿Cómo no se rebelaban? Eran bestias mansas, nacidas nada más que para el trabajo sin premio. Condición de siervos, que nunca redimirían. Santo temor al padre y obediencia ciega, ley de tradición y paz del hogar podían ser estas cosas, pero inexplicables en seres que sintieran el instinto de la vida. ¿Qué? ¿Acaso no tenían derecho á reclamar el precio de su sudor? Aquellos hombrones, robustos, que temblaban ante una advertencia del padre, con sonrojos de hembra, no merecían siquiera lástima. Bien les estaba aquella esclavitud blanca en que vivían como bestias de acarreo y como reses de labor.

Llegó á repugnarlos con odio y á desdeñarlos con asco.

Durante las horas de laboreo campesino los miraba en los cercados próximos tostándose al sol. Igual siempre. Años y más

años, de un barbecho á otro barbecho y de cosecha en cosecha, el mismo trabajo de forzados los amarraba á la tierra.

Encorvadas, luciendo los rojos refajos, miraba á las mujeres escardando, bajo un sol agresivo. ¡Y aún cantaban!

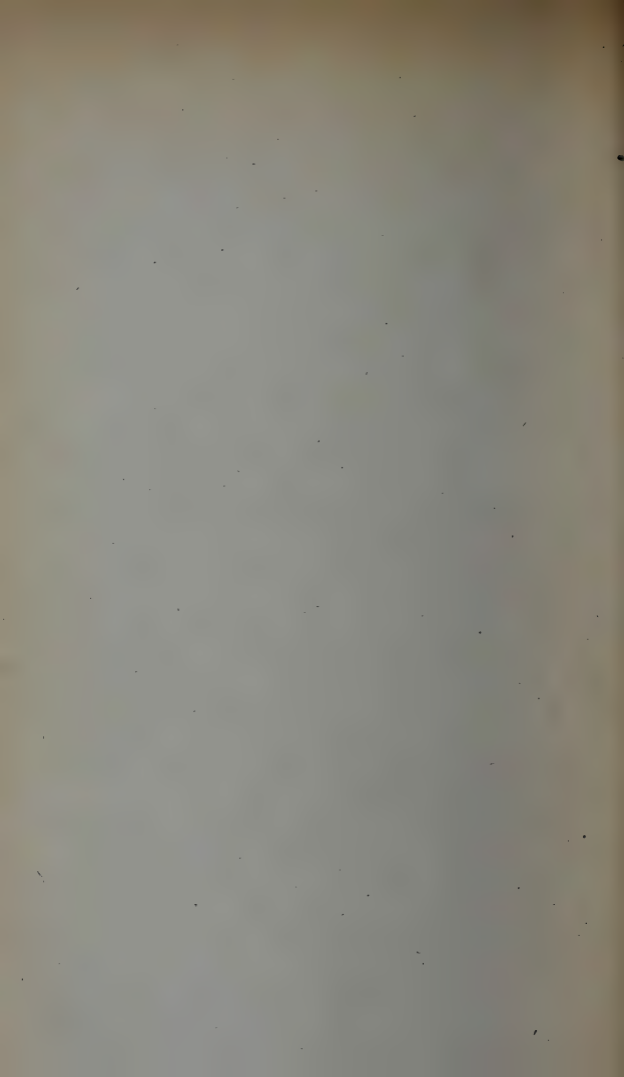
También veía, al desparramar la vista por el campo, aquí y allá, cada uno en su predio, á los campesinos trabajar sin descanso desde el alba hasta el caer de la tarde, sin más reposo que unas cuantas horas por la noche sobre un camastro. Con los zapatones metidos en el agua ó chapoteando en el fango de los surcos, moviendo la esteva para dar curso al riego, unos, más allá otros, con la mano en la mancera del arado, haciendo profundizar la reja, detrás de la tarda yunta surcando. Por los caminos, labriegos detrás de las caballerías cargadas transportando granos, ó pastores conduciendo los rebaños, acansinados, lentos, de retorno de las majadas. Siempre igual. Así los conoció; así los había de dejar, y generación tras generación seguirían vi- viendo de igual modo.

¿Para qué? No salían de la pobreza y á ella se allanaban. Cada cual en lo suyo, sin disputarse. El caserío era como una familia patriarcal. Muchos moríanse sin haber salido nunca del rincón aldeano. ¿Qué sabían ellos de la vida? Habláraseles de que el esfuerzo allí gastado en otros lugares conquistaría riquezas, y los brutos reiríanse alocados. No ambicionaban; con lo que la

tierra buenamente diera se contentaban. Dejar el campo; abandonar la casa; distanciarse de los suyos ¡nunca! Allí nacieron y allí habían de morir.

Con aquella gente no se podía hablar de estas cosas, abrirles los ojos y hacerles conocer la verdad. ¡Se reían!

Y Antonio, en estas cavilaciones, sentía que un hervor de odio le subía del pecho. Sus ojos apartábanse desdeñosos del paisaje, huyendo la visión de aquellos campesinos embrutecidos, y su pensamiento reconcentrúbase para sondear el curso de su propia vida, liberada de tamaña servidumbre, y más fuerte le acosaba entonces el deseo de sanar pronto y retornar á la América lejana, país de promisión.



VII

BALCÓN RÚSTICO

LA pared de piedra corríase, siguiendo el curso de la acequia, en la casa del señor Pedro, á lo largo del patio; pasaba por delante de los establos; daba la vuelta y seguía, con más altura, á la vera del camino. En el recodo estaba el lavadero. Nutriendo sus raíces con la humedad del agua, trepando por las piedras del muro, la madre-selva se asomaba á lo alto de la pared, descolgaba sus ramas hacia fuera, y por acá, manos diligentes, con gajos secos de castaño entrelazados, habían hecho formar un toldo á la madre-selva. Bajo su fresca sombra, *Meli* lavaba á compás del agua y de sus cantares. Cuantos pasaban por el camino oían, casi á diario, el remuzgar de la corriente en el remanso y el cantar soñoliento de la muchacha. Allí estaba también el balcón de *Meli*. Las tardes de los

domingos asomaba la cabeza con los cabellos negros recién peinados, por entre las hojas de la madre selva en flor. Tras la pared, acodada en las piedras, miraba pasar la gente en descanso, las parejas de novios, las mujeres que habían ido á la misa del pueblo y tornaban á la aldea, á pie las más y en las acansinadas caballerías de labor algunas.

Aquel rincón era delicioso: una mancha de verdor destacándose entre el negro color de la pared desnuda, piedra sobre piedra hecha, y que sólo en invierno, entre las grietas, á trechos, dejaba crecer flores silvestres. Deshojábanse allí sin que nadie las mirara y de nuevo renacían al año siguiente. Como esas mujeres que esperan siempre la vuelta del galán que se ha ido, porque ellas no han dejado de amar y conservan siempre la misma alegría en los ojos y en el sitio conocido aguardan, así estas margaritas silvestres que crecen en las grietas de las paredes aldeanas, vuelven siempre á retoñar y á florecer.

Cargábase de flores la madre selva y el aire recogía su olor. Como si quisiera mejor guardar á *Meli*, cuando ésta en muchos días no se asomaba al camino, las ramas intentaban ceirar el hueco, creciendo de pronto y echando hojas nuevas. Mas la mano de *Meli* cortaba á tirones las ramas, y otra vez salían al balcón sus ojos negros y su morena cara. Aquel era su balcón sobre el camino, su mirador sobre la aldea.

VIII

INQUIETUDES

ERA extraño. Delante de *Meli*, por más que andaba ella siempre avizorada, su padre no había dicho ni una palabra de la entrevista con Antonio. Tímida y respetuosa no se atrevía á preguntar. En ocasiones, cuando el señor Pedro estaba á solas en el patio, ya de noche, refrescando á la vera de la acequia, bajo el cataño, intentó preguntarle.

Cobraba ánimos para el empeño, á escondidas de su madre; decidíase á la postre y resuelta franqueaba la puerta del patio. Mas quedábase delante de su padre, los ojos en el suelo, revolviendo entre los dedos la punta del delantal.

—¿Qué?...

No podía. Turbábase al llegar el momen-

to decisivo de la interrogación. Era una angustia que día y noche la traía en inquietud.

De Antonio debió hablar largamente el señor Pedro con su madre según cavilaba *Meli*. Mas, por mucho que espiara detrás de las puertas, conteniendo el respiro para no ser sorprendida—¡qué vergüenza entonces!—nada había escuchado al caso.

Así pasaron, con estos resquemores dentro, varios días. Ya no cogía el agua de la acequia bajo el castaño. Llegábase hasta el lavadero, y asomaba la cara por entre la madreselva mirando ansiosa al camino, con sobresalto de que su madre la viera. Después de todo, pensaba *Meli*, no hay nada malo en lo que hago. ¿No fue Antonio mi novio?

Gustosos eran entonces mis padres. ¿Que me olvidó? ¡Son tantos los hombres que olvidan! Más firmes en su querer son las mujeres.

Distraída en estos pensamientos largo rato, acodada en la pared, sobre los gajos de la madreselva que colgaba su verde festón sobre el camino, de pronto hacía la temblar la voz de su madre llamándola.

—*Meli... Meli...* ¿qué haces?

—Por agua, madre.

Cuando lavaba, entonces estaba á buen resguardo. Si se oían pasos camino adelante, por entre las hojas de la madreselva curioseaba espiando á los que pasaban. Al tender la ropa, que blanqueaba al sol en los

bardales, era lenta en la faena, prolongándola, fijos los ojos en la vereda que conducía á la casa de Gaspar, allá enfrente, en un altozano, cubierta por los árboles del huerto, que apenas si dejaban ver un trozo de pared y la ventana siempre cerrada. Cuando era mujer la que pasaba, asomábase á la cerca. ¡Si le dijeran algo! Pero, nada. Charlaban un momento, y seguían. Sin duda, compadecidas del desaire en que estaba, ni siquiera se atrevían á mentar á Antonio.

Nada había cambiado en la aldea. Solamente él no era el mismo de antes. Allí estaba la madreselva retoñando y floreciendo todos los años, la madreselva que había escuchado tanto tiempo sus diálogos. Aquel era el camino por donde él venía las tardes del domingo á sentarse al soco de la cerca á charlar con *Meli*. Como atestiguando la fidelidad de ella, en el mismo sitio donde él acostumbraba á pararse, la yerba había crecido, renovándose á cada invierno que había pasado. La piedra en que Antonio se sentara, allí arrimada á la pared, como huérfano en la calle, estaba solitaria, con la costra de barro seco que había amasado en ella con el polvo del camino el agua de las lluvias otoñales. Nunca en aquel rincón, en los años de ausencia del novio, se vió gañán de pie en el camino mirando en lo alto, al platicar de amoríos, la cara morena de *Meli* con los cabellos negros y los ojos grandes.

Una noche, creyendo que la muchacha dentro de la cocina trajinaba, hablaban en el patio los viejos regañando. La señora Brígida con voz irritada respondía á las persuasivas palabras del viejo Pedro.

—No; no güelves allá.

—Tengo de ir.

—¡Eso! Bien. ¿Con que vas? Sólo falta que después de dejar en la calle á la muchacha, nosotros nos pusiéramos á su gracia... ¡Burlarse! ¡Y ese descastado!

—Ponte en razón, mujer. No se despegó ó tirones el cariño. Siempre se le ha querido en casa. Cierto que sus procederes no han estado en ley, y que á tí, como mare, que no ves más que por los ojos de la chica, el golpe te ha llegao más á la entraña. Pero ¿qué vas á remediar con corajes?

—¿Qué? Pagarle en igual monea y depreciarlo... Que sepa...

—Se te acaloran los ánimos. Calma, Brígida. Siempre oí decir que á pájaro huído no hay que espantarlo. Cavila, que más hacen buenas razones que malas palabras, y si rascas en la hería, nunca se cierra.

—No tiés sangre de padre.

—Dígotte que iré en cenando. El pobre... viene enfermo. No ha salío de casa.

Calló la señora Brígida. Ante la noticia, desmayáronle los ánimos, como si una conmoción de piedad le hubiese cortado el habla. En el umbral de la puerta apareció entonces la silueta de *Meli*. Había oído todo y un temblor la sacudía los nervios. En la

sombra nocturna no podían verse su rostro pálido y el mirar turbio de sus ojos con lágrimas. Quiso hablar al principio y no pudo. La voz no salía de la garganta. Al fin, con un esfuerzo supremo, disimulando la emoción del acento, llamó á los viejos para cenar.

En la mesa huían unos de otros el mirarse. Un silencio de dolor íntimo, durante la comida, reinó en el cuartucho. Mudos todos, no obstante espiritualmente se comunicaban.

Cuando salió el señor Pedro acostóse la señora Brígida. *Meli*, en una silla, intentó remendar una pieza de ropa blanca.

—¿Qué haces?

—Espero á padre,

—Mira que tarda.

—Coseré.

No hubo medio de que se acostara. Dando puntadas estuvo *Meli* hasta que regresó su padre, siempre con el oído atento á ver cuándo sonaran en la vereda pasos. Nada dijo al llegar el viejo Pedro. Su mujer dormía y mandó á su hija que se acostara.

A media noche despavilóse la señora Brígida. ¡Ni que soñara! ¡Si parecía que cerca alguien estaba llorando!

IX

«IN ILLO TEMPORE»

POCO que se alegraba Toñillo, hoy Antonio, siendo rapaz aún, con sus siete años á la cuenta, cuando su padre lo enviaba á casa del padrino, el señor Pedro. ¡Gente más buena que aquella! Sobre todo *Meli*. Entonces Toñillo le llamaban con mote familiar y cariñoso. En casa también. Hasta cuando podía, sin que lo mandaran, hacía alguna escapada á casa del padrino.

—¿Qué te trae?—preguntábale la señora Brígida, cuando lo veía llegar.

—Pos...—decía Toñillo y se quedaba atragantado sin saber qué contestar. Verdad es que tampoco sabía por qué estaba allí.

—¿A enredar, bribón? Pos, no. A tu casa, que *Meli* no está.

Para dejar en descubierto á la señora Brígida, la muchacha gritaba desde dentro:

—¡Mare! ¡Venga!

Montaba en cólera la señora Brígida y amenazaba con azotarla, pero al fin se le pasaban los barruntos de castigo, y dejaba á los chicos que corretearan por el huerto.

—¡Cudiao con subirse á las higueras y á los perales! Si los cojo, los mato.

Ella entrábase en casa, entreteniéndose en remendar ó en el aseo del modesto mobiliario.

Libres de vigilancia, los chicos metíanse en la huerta y subíanse á los perales. De gajo en gajo, escondidos entre el ramaje, comían las mejores frutas.

—¡Qué güena aquella!—decía Toñillo, y rápido corríase á la otra rama, donde la apetitosa pera colgaba, tentando la codicia de los muchachos.

—Pa tí.

—No; tuya.

—Anda, *Meli*.

—No tengo ganas.

Y los dientes codiciosos de Toñillo mordían la fruta regalada.

—Prueba. ¡Uf, cómo sabe!

—Cómela tú

—Un bocao.

—Que no.

—Anda.

Entonces también *Meli* hincaba sus diente-cillos blancos, riéndose, en la fruta sabrosa que hermanaba á los dos muchachos.

—¡Cudiao!—le decía *Meli*, y Toñillo avizoraba á ver si la señora Brígida salía al patio y los sorprendía colgados de las ramas.

Una tarde hurtaban así la fruta de la huerta. Escondidos entre el follage de la patriarcal higuera saboreaban las brevas remaduras que destilaban mieles. ¡Sabían á gloria! Frescas, dulces, era cosa de no dejarlas.

De pronto, al oír voces en el camino, creyeron que era el señor Pedro que llegaba. Rápido desde la rama tiróse al suelo Toñillo, componiéndose después el pantalón desarreglado en el salto.

—Abaja.

Temerosa de que la sorprendiera su padre, *Meli* descolgóse precipitadamente. Mas el trajecillo enredóse en las ramas, y la chica cayó dando con la cabeza en tierra. Alzóla en sus brazos Toñillo. El cabello de *Meli* estaba espolvoreado de tierra, y por la sién derecha la sangre corría, roja, caliente. Con espanto, al intentar arreglarse los cabellos, la chica vió sangre en sus manos. Toñillo, atónito, no sabía qué hacer. Luego, con voz suplicante, decía:

—No llores, *Meli*... que nos pegan.

Llevó después á la chica hasta la acequia, del brazo, mientras la cabecita de ella

sangraba por la herida abierta. Cogiendo Toñillo el agua con las manos, lavaba las sienes de *Meli*, consolándola á la vez.

—No llores, *Meli*. ¿Te duele?... No fuí...
Meli...

La chica contenía el llanto á duras pe-



nas. Ante la angustia de Toñillo esforzábale por refrenar el dolor del golpe, ahogando el hipo sollozante que le salía á los labios.

Temblaron. ¡Santo Dios! ¡La señora Brígida en el patio!

—¿Qué haceis?... ¡Tengan!

En el delantal traía unas manzanas, que les mostraba desde lejos.

Suspensos, inmóviles, quedaron los muchachos. ¿Cómo acercarse? Al fin no hubo más remedio. *Meli* encogida, suspirante, andaba lentamente. En la sién la sangre rojeaba traicionera. Al verla, la señora Brígida, pálida y descompuesta, en el primer impulso quiso coger á Toñillo para golpearlo.

—¿Qué?... Tú has sío. Arrastrao... te desuello...

Toñillo huía las acometidas de la señora Brígida, mientras que *Meli* sollozaba.

—No, mare, no ha sío... Caíme.

—¿Sí?... ¿Qué hacías?...

Convencida de que la herida era un leve rasguño á flor de piel, la madre emprendióla á azotes con *Meli*.

—¿Con que tú?... Pues, pa aprender. La culpa es de ese condenao... En casa no entra más... Pronto te largas, zangalón, porque te voy á desollar vivo...

Entonces lloraba inconsolable *Meli*. No era quizás el dolor de la herida, ni el de los golpes de su madre lo que arrancaba sus lágrimas. Era la pena de que Toñillo no volviese más. ¿Con quién corretear por la huerta, hurtar la fruta en los perales y coger nidos entre las mieses?

—No mare, yo fuí.

Meli cogiendo á Toñillo por la manga del camisón, reteníalo. El muchacho, recelo-

so, con miedo, miraba á la señora Brígida, quien desahogada la ira marchábase rezonando.

Ya solos, miráronse los dos chicos. Tras los ojos negros de *Meli*, cuajados de lágrimas, asomó una ráfaga de alegría. Y sacudiendo por el brazo á Toñillo se echó á reír. Luego, triste, suplicó:

—Vuelve... Mare no te pega.

Crecieron. No se sabe cómo empezó el noviazgo entre ellos. Vino por pasos contados, pero inadvertidamente.

Un día se encontraron, sin buscarse de intento, el Toñillo de antes, convertido entonces en Antonio, al pie de la pared, y *Meli* asomada al bardal de la cerca, en el rincón de la madreSelva.

Ambos se echaron á reír al verse frente á frente.

—Novios paecemos.

Así dijo Antonio mirando á *Meli*, quien alzó la vista, encendido el rostro, la sonrisa seria.

Desconcertado el muchacho, aun se atrevió á repetir.

—Tó pué ser.

Meli callaba. Mas bajó los ojos, buscando cariñosa la mirada interrogante del galán.

—¿Qué?...

Cada vez más encendida la muchacha, inquieta, nerviosa, mirando como asustada á todos lados, no se atrevía á responder.

—¿No dices?...

—Lo que... tú quieras.

Desde aquel día el noviazgo quedó hecho. Apuros pasó *Meli* para decirlo en casa y trasudando, con mil rodeos, lo declaró á la postre. ¡Tonta! ¡Si lo sabían!

Poco más del año duró el platicar dominguero de los mozos. Cuando aquel otro indianete, Manuel el del molinero, le metió en el caletre á Antonio la idea del viaje á América, al saberlo *Meli* lloró de veras. Prometía el muchacho ir allá nada más que á trabajar para ella. Ya volvería.

La tarde del último domingo que hablaron, en son de despedida, la chica estaba triste, conmovida, casi llorando. Hablaban de cosas pasadas y de futuros proyectos.

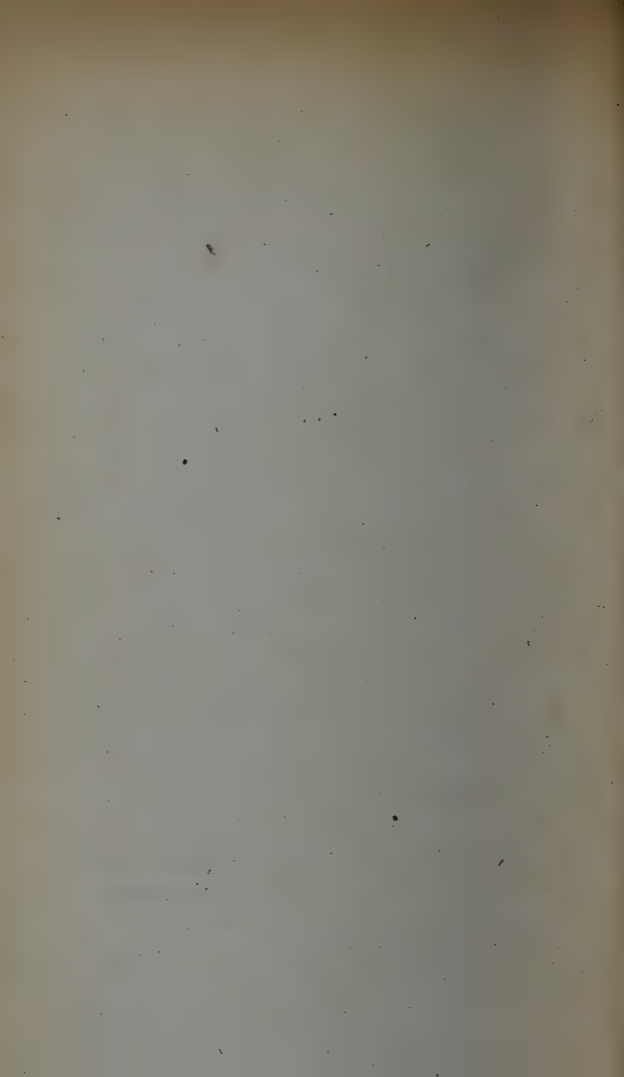
Los ojos de *Meli* empañados miraban con perezoso abandono al cielo. De pronto, volando, pasaron dos palomas muy juntas, solemnes, blancas las alas inquietas.

—Mira, así nosotros... siempre.

Después, cuando, camino adelante, se marchó Antonio, cuando á distancia en un recodo, tras los árboles de un huerto se perdió su silueta, todavía ella, distraída, seguía mirando hacia allá, á la senda solitaria y polvorienta por donde él se había ido...

De lejos retornaba una paloma con sus alas blancas en el azul de la tarde desplegadas al viento.

¡Nada más que una... sola!



X

CARIÑOS VIEJOS

DURANTE las primeras semanas á Antonio parecíale un encierro molesto la casa cortijera. No le gustaba salir, pero entre aquellas paredes considerábase prisionero, un forzado, y honda melancolía y repugnancia tornaban aún más áspero su carácter displicente. ¿Por qué haber venido? Para morir de tristeza, en medio de tanta miseria, entre gente tosca é impertinente, mejor hubiera sido morir allá.

Su soledad de ahora dañábale mucho más que el mal que le roía dentro. Fueron crueles los compañeros y amigos que le obligaron á repatriarse. Si hubiese sospechado el asco y la ira que, al llegar, le iba á producir la aldea, hasta á vivir renunciara. Mil veces peor era la violencia de espíritu que

le atormentaba, haciéndole penosas estas horas de soledad, estos días interminables, siempre monótonos, que parecían nunca acabar, eternos como el dolor.

A pasos largos recorría la habitación y cuando la fatiga le rendía, y recomenzaba el doloroso jadear del pecho extenuado, crispando colérico los puños, tirábase sobre el catre, mordiendo la almohada, en cuya blancura rojeaban las gotas de sangre á cada golpe de tos.

A veces, huyendo estar á solas con sus pesamientos que lo ponían triste y deseando olvidar la enfermedad que amedrentaba sus ánimos, haciéndole caer en abatimiento y desesperanza, procuraba Antonio la conversación de su hermana. ¡Ponía tanto cariño en distraerlo arrancándolo del penoso cavilar!

En otras ocasiones, era Pino quien le buscaba. Por las noches, al regresar del campo Gaspar y de la majada Gildo con el rebaño, después de la cena, charlaban, todos reunidos, largamente, hasta que el sueño los ponía en dispersión.

Aquel día Pino estaba en su cuarto. Una secreta tristeza, más viva que en ninguna otra ocasión, tenía abatido á Antonio. Salió al patio, displicente de hallarse en soledad, á buscar la compañía de su hermana.

—Pino, ¿dónde andas?

—Acá.

Entró en el cuarto. Ella entreteníase en acomodar sobre la cama á Toñillo dormido.

La cara del chico, roja y sanota, resaltaba sobre el blanco de la almohada.

Levemente fruncidos los labios, respiraba con fuerza en un sueño de paz.

—¡Chist!

—¿Dormido?

—Miálo...

No bien se sentara Antonio, desde fuera comenzó á gritar Maruja:

—¡Ah!... ¡Mare!

—¡Chist!

Ahogando las pisadas Pino salió al patio. Quedóse solo, junto á la cama donde el chico dormía. Sus ojos comenzaron á fijarse en todo, más entristecida el alma aún, como si aquel silencio del cuarto le llegara dentro y oyese mejor el fatigoso respirar de su pecho y con él la voz de sus dolorosos pensamientos.

Conocía aquellos trastos. Eran los mismos de antes. Colgando en la pared, á la cabecera, el viejo Cristo con los ojos lívidos, las carnes desgarradas y sangrando, desgañada y cayendo sobre los hombros la cabellera. Parecía hablar del amor hecho dolor vivo. ¡Cuántos ojos suplicantes, años tras años, se habían fijado en aquellos ojos que miraban misericordiosos y dolientes á los cielos!

En un rincón, olvidada, estaba la cuna vacía. El último que había dormido en ella, el arrullo de un cantar, que sólo labios de madre saben decir, era Toñillo. Él también había dormido allí. Largas generaciones,

entre aquellas cuatro tablas, á cuyo lado siempre velaron cariños, habían saboreado los primeros desperezos de la vida. ¿Quién sería el último?

No bien el calor de un cuerpo cesaba, venía otro á reemplazarlo. La cadena de la existencia humana no se rompe y el amor liga á unos seres con otros á través de los siglos. Una cuna es una historia viva, muy larga, muy íntima. ¡Tantas cosas dice!

Por allá estaba la silla de nogal, de ancho asiento y recio espaldar. La conocía muy bien. Era allí donde se sentaba su madre, la rueca al brazo y el huso en la mano, á hilar. Los copos de lino ¡cuán presto desaparecían! Los dedos ¡qué ágiles en la labor! Siempre sacaba su madre la silla al patio, bajo el emparrado, á la hora de sol; los cabellos blancos de la vieja temblaban al aire y sus manos no cesaban de hilar, mientras su hermana y él, los dos chicos, correteaban por el patio, se corrían hasta el camino, ó trepaban por los troncos de los árboles en la huerta, y el padre, cantando, araba tras la yunta amodorrada.

Y ahora, un tenaz recuerdo venía á su memoria. En rápida visión evocó la escena de su partida. Era allí, en aquel cuarto donde su madre dormía, como siempre, la noche última que la viera. Todavía, apesar de los años transcurridos y de las vicisitudes por que su vida pasara, recordaba aquel largo y doliente suspiro que oyera y como un tirón en el corazón volvía de nuevo á

escuchar la tristísima voz que solamente decía:

—¡Pobretel!

A los viejos no los volvió á ver. Durante su ausencia murieron y la noticia lleváronla cuatro letras, ¡tan pocas para dos vidas que se acaban y muchos amores que se desvanecen!

¡Entre las paredes del cuarto aún le parecía que resonaba aquel lamentoso pobretel!

Con el hipo de la agonía ya, contaba Pino que su madre aún tenía pegada á los labios su eterna palabra y con ella en la boca había muerto.

Toda la tristeza de ánimo que Àntonio sentía, avivada por estos recuerdos, derivó en un estado de sentimentalismo que le ablandaba el corazón y que conmoviéndole muy hondo, asomó á sus ojos, que intentaron llorar. Era una renovación del alma, como retorno de la primavera llena de flores.

Lloró.

Cuando entró Pino, en los ojos encendidos de su hermano advirtió algo extraño.

—¿Qué tiés?... ¿Lloras?

—No; la tos...

XI

DE OFRENDA

LADRABA el perro en los bardales enfurecido y al instante Pino salía al patio á ver quién llegaba.

—¡Calla, *Turco*... Adrento!

Descolgábase del brazo el cesto el chico y entregábalo á Pino.

—Mi mare manda esto. Y que pregunte por la salú é su hermano. Que se las coma... ¡güenas están!

Y el chico se relamía de gusto. ¡Diantre! A él no se las habían dejado probar en casa, pero por el camino, cuando su madre ya no lo podía alcanzar á ver, había catado el cesto. Allí, cubierta con las verdes hojas de higuera, negras, apetitosas, estaban las brevas, blancas en las grietas de la corteza que goteaban mieles.

Dejaba el chico el regalo y Pino al instante apresurábase á mostrarlo á Antonio.

—Mira... De parte de Grigorio. Brevas mejores no las da higuera. Anda, pruébalas.

Por complacer á su hermana Antonio las comía. Ciertamente eran buenas.

—Basta... Me harán daño.

—¿Qué? ¿Cosa que cría el campo?... ¡Bah!

—Pero muchas...

—Toñillo y yo te ayudaremos.

Tan pronto cundió la noticia por la aldea de hallarse enfermo Antonio, acudía la gente á verlo. Pocos lograban el intento. Como no salía de casa y de muy pocos dejaba verse, exagerábase el estado de su salud en alarmantes términos. Entonces, movidos á piedad, era el lastimarse todos en las casas, en las majadas, comentando misericordiosos el suceso.

De cada casa se le enviaba algún presente. No pasaba día sin que alguien en el cortijo de Pino llamara á la cancela del portillo. Los chicos desde el camino daban voces, temiendo las acometidas del perro. Tímidas las muchachas, con miedo de encontrarse á solas dentro, esperaban en acecho hasta que Pino saliera al patio y las viera. ¡Qué cariño en la dádiva todos!

—¡Que muchos años las pruebe!

Y el muchacho dejaba las manzanas maduras, olorosas, de la última cosecha, guar-

dadas en el granero y respetadas hasta entonces.

—Mi pare dice que le dijera que no hay cosa más á la mano en casa... Me dijo que trujera esto...

Blando, apetitoso, con blancura atrayente, descubría aun aprisionado en la empleita, resumando, el queso nuevo.

Así, á diario, llegaba el cabrito mejor del rabaño, el cazo de leche recién ordeñada, los panes todavía calientes, por ser los primeros que del horno salieran.

Con el regalo venían los cariñosos recuerdos. La hidalguía aldeana no encontraba para expresarse más elocuentes medios. Trasmanaban, no obstante, sinceridad de corazón á toda prueba.

XII

BAJO LA PARRA

DELANTE de la puerta la vid, de retorcido sarmiento, trepaba por las maderas de la enlatada, y arriba abría su dosel de verdes hojas. A través de ellas el sol brillaba pálido, con una luz de misterio y encanto. Sobre las ramas venían á posarse los pájaros y en las horas de silencio, creyéndose á solas, cantaban. Luego entre la hojarasca se revolvían alegres, como niños jugando.

Por entre las pámpanas tiernas, los racimos aún no maduros, colgaban, y las uvas, henchidas de zumo, parecía que iban á estallar.

No había medio de convencer á Antonio que saliera á pasear por la aldea. Mejor es-

taba en casa y ahora sentía por ella inexplicable apego.

A la sombra, bajo la parra, entretenía los ocios. La vieja silla de nogal volvía á salir al patio. Mas ya no era la señora Petra quien en ella se sentaba á hilar. Servía á Antonio para reposar sus fatigas de enfermo. Allí todo el mal parecía que cesaba en su doloroso laboreo interno, y la tos, traicionera por la noche, adormeciábase al parecer, como vencida por la grata sombra bajo la parra.

Algo nuevo había pasado en él. Sentíase á gusto en la compañía de los niños.

Al hallarse solo comenzaba á dar voces:
—¡Toñillo!... ¡Maruja!

La chica presentábase al instante, trayendo de la mano á su hermanito, cuyas piernas esforzábanse en andar ligeras, tropezando en los guijarros del patio. Venía sucio, con manchas de lodo en la ropa de haberse revolcado jugando con el perro en la huerta.

Queriendo aparecer enfadado, Antonio gritaba:

—¡Jesús!... ¡Uf! Llévalo...

—Es mu malo—replicaba Maruja con sincero enfado.

Entonces Antonio reía y los muchachos tornábanse alegres y charlatanes. Gustábase al tío la media lengua de Toñillo, que todo lo expresaba á trozos pintorescamente.

—Toñillo; ¿me quieres?

—Sí, sí... quieo.

—¿Mucho?

—¡Asín!...

Y el chico abría sus brazos como si quisiera expresar que su cariño por el tío era tan grande como el mundo. ¡Una inmensidad que cabía entre dos brazos tan pequeños!

De pronto le decía:

—Toñillo, oye; ¿te gusta estar conmigo?

—Sí... y mucho.

—¿Por qué?

—Pa julgar.

—Y cuando me vaya, ¿con quién juegas?

El chico miraba á todas partes sin hallar contestación. Si al menos el perro hubiese estado cerca lo señalara como camarada en los ratos de retozo. Mas, no hallando á nadie, con los ojos y como si se diera cuenta de su soledad, acababa rompiendo en llanto.

—¡Tonto!... ¡si no me voy!

A Antonio la súbita idea con que calmaba los desconsuelos del muchacho, también le hacía conmover un instante.

Así pasaban las horas. Sentíase niño á la vez Antonio.

Toñillo unas veces cabalgaba sobre las rodillas del tío. Cuando, por un movimiento rápido de la pierna, parecía que iba á caerse y luego se erguía triunfante, reía á placer y su infantil carcajada resonaba escandalosamente alegre en el patio. Otras, re-

costado en los brazos del tío, que lo mecían, quedábase dormido, con una placidez de sueño envidiable.

Cuando no se entretenía con Toñillo, charlaba con Maruja. Sentábase ésta á su lado, con las manos en actitud humilde sobre la falda, y los ojos fijos en la cara del tío, pendiente de su palabra. ¡Qué gracioso el mirar de aquellos ojos maravillados! En la imaginación tosca de la chica las impresiones de cosas nunca vistas, que Antonio le contaba, eran de estupor, de ávida curiosidad, á veces casi de espanto. Desfiles de tropas al son de las músicas, brillantes los uniformes, relucientes las armas, las banderas desplegadas; viajes en trenes y por mar; el trabajo en las grandes fábricas, con sus hornos encendidos y el trepidar de las máquinas. Con detalles, como lo había visto, Antonio lo pintaba. Los ojos de Maruja, fijos en el rostro del tío, seguían el curso del relato. Nada comprendía, pero todo aquello producíale una impresión de miedo que hacía temblar su cuerpecillo con nervioso sobresalto. Alguna vez atrevíase á interrogar al tío. ¿Para qué eran los soldados? Como pudo, Antonio le explicó lo que era una guerra. Muchos hombres que se mataban y en el campo de batalla montones de cadáveres sobre los que caían los cuervos, igual que sobre la res muerta que se ha despeñado.

Inquieta la imaginación de la muchachita fingía extrañas y caóticas visiones, muy

lejos de la realidad que desconocía. Sentía-se maravillada, con miedo. Aquel tropel de gentes que se mataban debía espantar. Ella no había visto más que los rebaños trotando por las veredas al son de las esquilas querellantes. Al verlos pasar ¡qué regocijo! Eran la vida del campo, la alegría, que pasaban...

Otras veces Antonio hablaba á Maruja del esplendor de las ciudades y del lujo de aquellas señoras tan ricamente trajeadas, ¡á ella que ni siquiera en el pueblo había estado! Al ver la curiosidad de la chica, el tío le preguntaba:

—¿Te gustarían los trajes bonitos?

—¡Psh!...

—¿Y vivir en casas muy grandes?

—Psh...

—Mira; vente conmigo.

—Si lo manda...

—¿Quieres?

No atreviéndose á contestar, Maruja movía la cabeza indicando sus pocas ganas de marcharse.

—¿Por qué, mujer?

—Es... es... que quiero estar con mare y los hermanos.

Por las tardes, después que terminaba los quehaceres más urgentes de la casa, Pino hacía compañía á su hermano, cosiendo y remendando la ropa de los muchachos.

Como si echara fuera un pensamiento que hacía mucho tiempo le venía atormentando,

tando, una vez Antonio, rápido en el decir, como para no arrepentirse, preguntó:

—Pino: y *Meli*... ¿casó?

—No.

—¿Sin novio?

—Sin naide.

XIII

DIALOGANDO

SACABAN los apaños de fumar, en el rato de descanso y tumbábanse al socolo de la pared, resguardados del sol por aquella miseria de sombrero.

Echados sobre la tierra, á lo largo, descansando la cabeza en el chaquetón, puesto á modo de almohada sobre una piedra, ó en cuclillas, con las espaldas afianzadas en la pared, platicaban siempre los trilladores, mientras la cobra reposaba también la fatiga hundidos los cascos en los haces de trigo amontonados en la era.

—¿Vístelo?

—¿A quién?

—A Antonio.

—Mal viene.

—Pues bien sano fué.

—¡Los aires. Como estos!...

—Y la perra *vía*. Allá, poco trabajo si se quiere, mucho cuarto á la bolsa, pero lo paga el cuerpo. ¡Si no se vive!

—Ya los ven llegar. Mozos recios se van y ¿cómo *gielven*? En los huesos, escoloríos, con los ojos allá adrento. No son nada. ¡Y un jadeo! No paece sino que el pecho se les va en el resuello.

—Acordáos de Pedro...

—Y Pancho...

—Pos á Antonio, mal lo veo.

—La coicia pierde á los hombres. No hacen caso, ni escarmientan en costilla ajena.

—Los hijos no salen á los padres. Se les ha metío en la cabeza una endiablada ventolera como á las cabras locas que se espeñan. Antes se morían aquí todos de viejos. Agora mozos, que es una pena. Con salú y sin hambres, tirábamos de largo, un tirajo de tierra pa comer y una camisa é lienzo que ponerse y ¡venga contento! A la moceá, vayan con misas de aquestas.

—Las pagan. Mira como nos los echan otra vez. Cuando no sirven... una perdición... ¡Con el último resuello!...

—Bien dices. Y es una pena. Y aluego, suponte. Tiés la historia de Juan el molinero. Solo y acabao. Ni da un golpe con la azada en el majuelo, ni sale del molino á conversar tan siquiera. Las tierras baldías casi, las bestias se vendieron; él, ya cara

al joyo, ajogo va y ajogo viene y todo es condolición de su poca suerte.

—Na más que un hijo, ¡y éste lejos!

—Así pasa. Mal del juicio anda mi comare Pepa, la del pueblo. Tóo de pena. De Crisóstomo, en cuatro años que va salió de casa, ni una letra. ¡A ver! Pos dalo por muerto.

—Aluego, ni siquiá son como las bestias que tién ley á la casa. Perro criaio al calor de uno, si lo das, güelve.

—Pero, esta gente de agora...

—La maldecía coicia.

—Que los pierde.

—Y nos pierde.

—Mares sin hijos y mozas sin novio. Quizás no lo vea, pero barrántolo. Un cimiterio la aldea.

—Queamos los viejos.

—¿Pa qué? ¿Pa ver esta ruinera? Casa con pan y sin alegría paece de duelo.

—¡Señor, ni que la tierra fuera más mala!... Lo mismo da que daba.

—Nosotros, los de entonces, contentos. Pero la moceá...

—Quié más.

—Falta de concencia. A mí no me digan.

—Mucho se quiere y poco se tiene.

—Caa uno á lo suyo, debe ser. Si falta, con la sobra de otro se remedia. Granero cerrado no se conoce por acá, ni cocina sin fuego.

—Pos nada. Los mozos en dirse lejos.

—Y güelven.

—Sí; pero ¡cómo güelven!

—Es una pena.

Daban las últimas chupadas, sacudían las pipas contra el dorso de la mano, des-perezábanse, braceando al aire, y tranquilos, sin quejarse, de nuevo volvían los trilladores á la faena, á tostarse al sol, animando la cobra con voces y á trallazos, entre el polvo sofocante de la era.

XIV

AIRE DE LA SIERRA

CUATRO ó cinco descansos tenía que hacer en el camino. Valle adelante el terreno era llano. Por allí se andaba bien. Además los castaños y nogales alargaban sus ramas sobre el camino, y junto á las paredes caía una sombra grata, cuyo fresco ayudaba á respirar. Los chorros de agua de las fuentes cercanas, saltando de predio en predio, dejando que otros tomaran el cauce más tranquilo de las acequias á la sombra de los árboles y entre olores de retamas y rosales al atravesar con osadía los caminos, haciendo charcos aquí y más allá rincones de húmedo verdor, tornaban fresco el aire. Para Antonio, sin embargo, la jornada era dura. Al comenzar á subir la vereda en zigzag que conducía al alto picacho, centinela

vigilante de la aldea que á sus piés se tendía sobre el llano, carleaba jadeante el pecho y exudando la piel. Ya, lograda la ascensión á costa de fatigas, reposaba con alegrías de ojos y de alma. ¡Qué bien se estaba! Resguardado del calor por el alto risquete que se alzaba á la espalda, recibía á pleno pulmón el aire libre de la altura que corría invitando á vivir.

Era el sitio preferido. Abajo, entre el verdor de las huertas, en medio de los predios barbechados y de las tierras en flor, desplegábase el caserío de la aldea con sus rojos tejados y sus paredes blancas.

¡Qué silencio y qué soledad! Allí se estaba á placer. En dulce olvido, sin rumor de gentes, sólo á las alturas llegaba el respirar del campo. Consuelo de los ojos, á lo largo extendíase el paisaje, siempre verde, hermoso siempre. Más allá de un cerro, á bastante distancia, rompían el verdor de la arboleda la mancha blanca de unas casas. Al pie de una colina, por donde trepaban los pinos, ansiosos de escalonar la altura, una alquería solitaria diseñaba su perfil campesino á las luces del sol de la tarde. En otro rincón de la sierra, un viejo cortijo, como acurrucado temeroso de lluvias y de vientos invernales. ¡Qué felices los seres que en ellas vivían! ¿Pensarían alguna vez en la miseria de aquellas viviendas, renegando de ellas, codiciosos del lujo de las ciudades? ¿Cómo, por qué, se resignaban á no salir nunca de aquel rincón oscurecido,

si por delante de las puertas de sus casas pasaban los caminos, polvorientos, soleados, blancos al medio día, señalando á todos la ruta hácia los pueblos, hácia las grandes ciudades lejanas? ¿Oómo no sentían aquellos pobres seres el ánsia de correr mundo, de ir en pos de las aventuras, en busca de mayores comodidades y holganzas?

Y al pensar así Antonio, sus ojos le contestaban al instante. Mirada la campiña desde arriba ¡era tan hermosa! ¡qué paz respiraba!

Con sol, á la claridad de las estrellas, el campo siempre desplegóbase á la vista y al cariño generoso y bello.

Caían los árboles de puro viejos, ya cansados de hallarse erguidos, inclinándose con amor sosegado á la tierra.

Arraigados tenazmente, ningún viento podía troncharlos. Y el cariño del labriego á los árboles, sus hermanos, nunca asestó el golpe del hacha á sus troncos seculares. Así, triste y enfermo, pasábase en el picacho Antonio todas las tardes. Parecía sentirse aliviado allí. Luego, á solas, sin que nadie le importunara conversando, mejor discurría. Ya no pensaba tanto en retornar á América, señalando el viaje para más largo plazo.

¿A qué ir? Mientras estuviese enfermo, ni podía trabajar, ni disfrutar alegrías. Acaso en la aldea, al cuidado y bajo el cariño de los suyos, sanara por completo. Y enton-

ces ¿se iría? A este pensamiento quedábase perplejo. Sus ideas aún le empujaban á la marcha, pero una renovación de viejos sentimientos le iba haciendo cobrar apego, contra su voluntad, al terruño nativo. A veces, en instantes en que el corazón se le conmovía, sin conocer el motivo, en esas horas de tristeza íntima que llenan la vida, llegó á sentirse contento, gustoso de que la enfermedad se prolongara para no separarse tan pronto de la aldea. ¡Quién sabe!.. La tos, saliendo cavernosa del pecho, congestionándole el rostro, advertíale, que aún el mal duraría largo tiempo. Quizás poco... ¿Y si moría? Mejor era cerrar los ojos para siempre en el seno de los suyos, bajo el amigo techo de la casa paterna. Morir en tierras lejanas ¡qué pena! Entre gentes desconocidas, tal vez solo, sin solícitos cariños que le cuidaran, en un lecho de hospital ó á la vera de cualquier camino.

Sus ojos, entonces, dejaban herrar la mirada por el llano, como si toda su vida se reconcentrara en ella, y llena de amor buscara abajo seres queridos, la vieja casa donde naciera.

Ronca sonaba, despeñándose la corriente del barranco.

Bajaba audaz desde las cumbres, donde las nieves derretidas por el sol, daban las aguas á su corriente, insolente, á saltos de peña en peña, atravesando de prisa el valle, como ladrón que huyera. Escondíase, entre el cantil de los riscos que servían de

fondo á la aldea y las cercas de los predios que le escudaban en la otra orilla, traidor y arisco. No solamente eran estériles sus aguas que tentadas de codicia pasaban de largo, camino de la ciudad distante, donde, inútiles, eran sorbidas por el mar en castigo á soberbia tanta, sino que también, en los días invernales, aprovechándose de la noche como asesino en acecho, vanidosas de su caudal entonces asaltaban los predios limítrofes, descuajando árboles, arrastrando en su corriente alguna bestia sorprendida sola y sin valimiento en el campo, y más duras de entrañas aún, arañaban en las tapias de las casas vecinas, con propósito de derribarlas, cuando no en ondas furiosas asaltaban las puertas de las casuchas, forcejeando, violentándolas, poniendo en la gente de la aldea despavorido espanto.

¡Aguas locas! Allá lejos en el mar, por ambiciosas y por orgullo, iban á morir sin dejar rastro. ¡Cuánto más hermosas no serían, quietas, en remanso, moviendo el rodezno de un molino, aquí; más allá, en charca de transparente álveo, en un rincón de verdura, dormidas, como en siesta, á la sombra de los árboles!

¡Cuántas vidas así!... ¡Aguas locas, almas locas!

ENTREVISTA

POR qué no ir por allí? Era el camino más corto y más en llano. Por los atajos resultaba penosa la cuesta que había necesidad de recorrer para salir de la aldea. Cierto que sobre el camino caían las paredes de la huerta del señor Pedro, y que detrás de la madre selva, en el lavadero, podía estar *Meli* y sorprenderlo al pasar. Entonces ¿qué iba á decirla? No encontraría palabras para desenojarla ni sentíase con valores para justificar su conducta. ¡Olvidar á la muchacha! ¡Con tanto cariño entre ellos desde niños! Son las mujeres vengativas, más rencorosas con el desdén, que coléricas por celos.

No; ella nunca se asomaba. ¿No lo había así declarado Pino? Además, él había es-

piado muchas veces desde la ventana, y á lo lejos nunca había visto asomarse á los bardales la cabecita de *Meli*. ¡Animo!

Pasó, temeroso, recelando una desagradable sorpresa, la primera vez. Al llegar al recodo del camino Antonio detúvose. Miró y nadie había. Con la cabeza baja, para hacerse el distraído caso de que, de improviso, se asomara *Meli*, avivando el paso, cruzó rápido delante de la madreSelva. No se atrevió á mirar.

Sólo sintió el gorgotear del agua en el remanso de la acequia, saltona y alegre. ¡Ah! También, después de pasar, parecióle sentir rumor quedo de pisadas sobre la tierra removida de la huerta y luego el leve ruido de hojas que se mueven. No cabía duda, allí estaba ella. Sentía que la mirada de unos ojos le seguía anhelante. Quizás no fuera así y sólo una extraña sensación le sugiriera la idea de que allí estaba *Meli*.

Pero era agradable creer que espiaban sus pasos ojos que un día se amaron y era entonces grato mirarse largamente en ellos.

Al otro día, ya casi convencido de que era ilusión aquello, tornó á pasar otra vez. Mas ¿por qué al llegar allí temblaba siempre? ¡Si no había nadie! ¿nadie?... Ante esta idea en el corazón de Antonio el despecho comenzaba á desasosegarlo. ¿Por que no se asomaba *Meli*? ¿Acaso ya no lo quería? Sentíase celoso, colérico, deseoso de verla y con ánsias de hablarla.

Contrariado, al retornar á casa, retenía

la marcha, haciendo sonar más fuerte las pisadas sobre la tierra apisonada del camino.

Pues, igual andaba la muchacha de inquieta. La primera vez que pasó Antonio, ella, tras las hojas de la madre selva escondida, lo miró seguir adelante. Su primer intento fue asomarse. Mas, un súbito rubor la contuvo, y ahogando todo ruido al pisar; con temerosa mano abrió las hojas para á través del hueco espiar á sus anchas la marcha precipitada de su antiguo novio. ¡Si huía!

A la misma hora, estaba ya escondida, al día siguiente, tras la fronda verde de la madre selva. Antonio pasaba. ¿Si querría verla? Haríase la encontradiza.

Así llegó el momento. Largo rato estuvo *Meli* de codos en la pared esperando. Cuando Antonio dobló el recodo del camino quedóse suspenso, clavados los piés en tierra. Allí estaba ella. Hizo un movimiento instintivo como para retroceder, pero no estaba bien un desaire. Afrontaría el peligro. Entonces, resuelto, avanzó hasta pararse ante *Meli*, que, encendida la cara, ruborosos los ojos, con manos nerviosas cortaba hojas arrojándolas al camino, que allí, amontonándose, parecían una alfombra para recibir una visita con todos los honores campesinos.

Fueron rápidas las primeras frases, pero el diálogo duró largo rato. Contáronse muchas cosas. Al cariñoso enojo de la chica

contestaban los desagravios sinceros del muchacho. Mientras él la había olvidado durante tantos años, ausente en lejanas tierras, ella había estado allí esperándolo en el rincón de la aldea. ¡Tanto tiempo pa-



sado! ¡Cuántas ilusiones que vienen y se van, que luego tornan á volver! Las ilusiones del amor, cuando éste en un corazón ha arraigado con firmeza, son como las flo-

res de los rosales nuevos. Siempre vienen en todas las primaveras.

En verdad Antonio encontraba en el rincón aldeano todo igual como lo dejara al expatriarse. Nada había cambiado. Hasta el cariño de *Meli*, como la tierra cuando llegan los días de sol, volvía de nuevo á florecer, callado y humilde como antes, fortalecido por el dolor de no ser amado.

Charlaron largo rato. La tarde declinaba y la noche descendía sobre los campos. Lejano, con su luz tibia, clareaba el lucerillo del véspero, solitario como alma de mujer que espera toda la vida el retorno del amante y sale á la vera del camino, á hora fija, á aguardar su llegada.

Al despedirse en el camino le dijo:

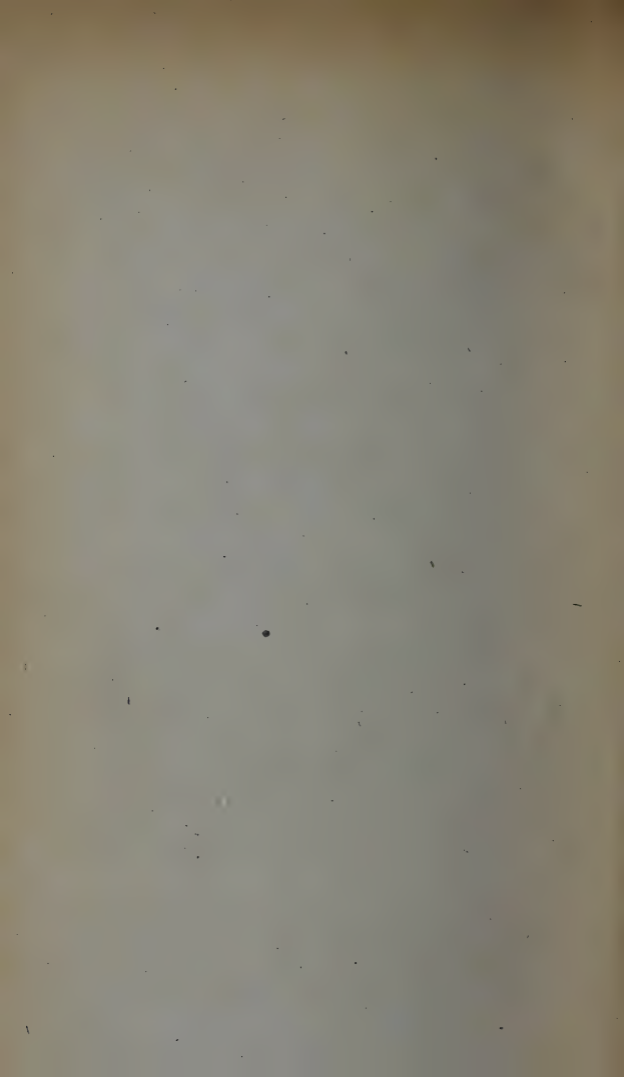
—¿Me quieres?

Luego entre la madreSelva una voz, trémula de pasión, repetía:

—Siempre.

Un soplo de aire movió las verdes hojas, que parecían de placer estremecerse.

Ya había traspuesto Antonio el recodo camino de casa, y aun estaba entre la madreSelva asomada la cabecita de *Meli*.



XVI

«CLAIRE DE LUNE»

PARA vencer el tedio que le invadía, haciéndole la enfermedad más penosa Antonio salíase de casa, deseoso de andar. Cuando llegaran los días de trilla, con sol entonces, iría á las eras. ¡Qué hermosas aquellas noches en el campo, tendido sobre las parvas, conversando á la claridad de las estrellas!

Ya Marzo iba adelantado y pronto vendrían los días buenos. No más aventuras. Quedaríase por siempre en la aldea. Allí, entre aquellas gentes, su vida volvería, si aún era tiempo, á la paz de los años primeros. ¡Mentira todo, lejos de aquellos cariños campesinos en la nativa tierra!

Ahora, mirando al cielo con luz de luna, pensaba con ahinco en ello.

¡Qué hermosa en el campo la noche con estrellas! Hasta ahora Antonio no se había fijado en ellas, con ojos curiosos, tremante el alma con emoción poética.

Allá arriba, en el cielo tranquilo, bañado en dulce claridad, los astros seguían rodando eternamente, brillando siempre, ajenos á las miserias de la tierra. ¿Qué dirían ellos de las luchas de los hombres? Pasiones, ideas, vidas humanas iban pasando, desvaneciéndose, sobre el haz de la tierra, con dolores aquí, con inquietudes allá, mientras que aquellos mundos, imperturbables, sin desviarse un instante de la órbita señalada desde el principio de los tiempos y hasta el fin de los siglos, continuaban rimando en los espacios, día y noche, su eterna canción de la luz.

Los seres y las cosas pasaban, á compás de la vida. ¡Ellos arriba siempre vigilantes, riendo!

Quizás las ideas del muchacho no se concretaran en esta forma de ensueño poético, pero en su vago cavilar había un reflejo de esa inconsciente melancolía que llena el alma cuando se asoma á los ojos para mirar á los cielos. Lo cierto es que más y más desparramaba la mirada por la inmensidad infinita, llena de nocturna sombra impenetrable, y que intentaba contar las estrellas. Iba recordando sus nombres. Parecían viejos camaradas de la niñez que en estas horas de soledad y tristeza venían á acompañarlo y distraerlo. ¡Cuántas!...

Los campesinos ¡cuán amigos de las estrellas! Pobres seres, de almas sencillas, saben casar la tierra con el cielo. La vida á ambos la supeditan por completo. Abren los surcos y arrojan en su seno la simiente. Luego los ojos se alzan y ya viven con la esperanza puesta en el cielo. De arriba vendrá la lluvia que fecunda y el buen sol que hace los campos florecer. El sol los llama y el sol les da el alto en el trabajo. De noche, estrellas y luceros van señalándoles las lentas horas que pasan. Conocen sus nombres, el momento de la cita y el sitio en que se hallan.

Parpadean lejanas, como ojos de mujer que espía el sueño del amado. Mientras los campesinos duermen, ellas, inquietas, brilladoras, vigilan sin dormirse desde lo alto. Sólo los aldeanos las miran y las quieren.

Por eso son amigos. ¿Quién entre las calles de las ciudades, en el vértigo loco de las muchedumbres inquietadas por otras ansias, las busca con los ojos y les pide compañía en las horas de soledad para el alma? ¿Quién las cita? ¿quién las habla?

En las ciudades, afanes, míseros cuidados llevan á los hombres de calle en calle. En medio de las luces eléctricas, soberbias y desdeñosas, ¿qué vale de las estrellas la dulce claridad blanca? En el campo reinan solitarias y humildes.

Sabias son en verdad estas gentes de aldea que saben afirmar los pies en la tierra y poner, con los ojos, el alma más alto.

Toscamente comprendía Antonio estos pensamientos, que caóticos, sin esbozarse, apenas entrevistos, consolaban sus ánimos. De unas ideas en otras fluctuaba su cavi-
llar interno en estos ratos de meditación á solas.

Buenos eran los labriegos. En la aldea señoreaba una paz inalterable.

Mancomunaban todos la vida por el cariño. No era como en las ciudades que los pobres se unían por el odio contra los grandes. Llamábanse hermanos—¡cuántas veces lo oyó decir!—gentes que no se conocían, que ni siquiera se estimaban. ¡La idea! ¿Quién sería esta señora, tirana sin amor?

Gran farsa era el fraternismo urbano. Masas inconscientes componían el rebaño de hombres, que el odio reunía en haz, vengativos, febriles. Como esclusa que se rompe y desborda las aguas, en ocasiones el sordo rencor estallaba clamoroso pidiendo hasta sangre ¡de hermanos! ¡Pobre humano amor que no está en los pechos, en un sentir hondo, sino á flor de labios, prisionero, en el ruido sonoro de las palabras!

Allí, en la aldea, la vida era casi en común, patriarcal. El cariño unía y el repeto recíproco individualizaba. Cada cual trabajaba en su campo y el fruto de los sudores era suyo sin nadie que lo disputara por envidiosa codicia. ¡Libres en el trabajo! ¿Quién les ponía límites? El sudor no se vendía. Si eran pocos los provechos, con-

tentándose con ellos, ya sobraba. Sobre la miseria de hoy, poner la esperanza en mañana.

La tierra no se cansa. Fecunda siempre, da los frutos que le piden y hasta se herosea con galas y pompas para hacerse amar. No es vieja nunca. Cuanto más la araña, y desfigura la reja, más galana y más bella. Su seno es de madre y su rostro es de virgen. Responde siempre al amor de los hombres. Cuando éstos la abandonan, triste, muéstrase estéril; como viuda se despoja de todas sus pompas y viste el traje más pobre, llamando al lastimar misericordioso. Sin el hombre, ¿para qué viviría?...

En el campo practicábase una verdadera fraternidad á todo evento. Cada cual tenía su trozo de tierra en cultivo. El sol y la lluvia que hacían fecundo el trabajo, no les pertenecían; eran para todos. ¡Hermosa propiedad comunal que hermanaba y limpiaba los corazones de envidias y codicias!

En el dolor como en la alegría todos tomaban parte. La aldea, bajo el cielo común á todos, era una sola familia.

Prestábanse unos á otros el agua de los riegos cuando las tierras sedientas pedían que refrescaran sus entrañas para que se hiciese su seno prolífico.

Llegada la época de los barbechos, el pobre que carecía de yuntas para arar, bien seguro estaba que podía disponer de las que descansaban en el establo de los vecinos. Nunca se negó ayuda al necesitado

de ella. En los meses de trilla, de era en era, van las cuadrillas de aldeanos, con las bestias del ronzal, á trabajar al sol, desde el amanecer hasta la tarde, auxiliando las ajenas labores, y ayudando á cada cual en la recolección de las cosechas. Y á los trojes se llevaban á lomos de las caballerías ó á hombros de los labriegos el grano recogido y la paja aventada. ¿Salarios? No se cobraban estos mútuos auxilios. En el campo no se tasa el sudor; se presta generoso, á discreción, con todo cariño. En caso de desgracia, el concurso de todos remediaba, ó por lo menos consolaba, el daño.

Cuando alguno, que perdía una bestia de labor, no contaba con recursos para reponerla, al acudir al concurso de los demás, encontraba al instante la necesidad satisfecha.

A nadie faltaba simiente. Mientras en los graneros de la aldea hubiese, el campo del desvalido se sembraba.

Todas estas consideraciones pasaban por la mente de Antonio cuando se hallaba á solas y pensaba en el error en que se hallan muchos, al juzgar á estas humildes gentes de aldea, deslumbrados por las predicaciones huera con que se alborota á las muchedumbres irreflexivas de las ciudades. Esas predicaciones que empujan á ciertas reivindicaciones sociales, llevan á los odios activos y á las pasiones trágicas. Lejos de estos rincones tranquilos, el fermento de los rencores humanos labra la infelicidad

de los seres, tornándolos inquietados, descontentos. ¡No conocen el amor abnegado que ante todo, gusta del sacrificio propio en bien ajeno!

¡Ah! Estos aldeanos es cierto que viven con los cuerpos apegados á la tierra y con las almas fijas en los cielos. Por eso son amigos de las estrellas. Y éstas tan blancas, humildes también, acuden todas las noches, á dormir su claridad tendida en dulce reposo sobre los campos.

Mirándolas parpadear lejanas, Antonio, á su modo, sentíase filósofo y poeta. Pensaba en la paz de la aldea, en las vidas humildes, en los campesinos cariños que nunca acaban. Al saltar, rápido, entonces, su pensamiento desmenuzando las inquietudes y los rencores que en otros días sintiera, entre compañeros que no se amaban y en casas sin el calor del hogar paterno, comparaba unas gentes y otras tristemente.

—¿Bárbaros son?... ¡Felices ellos!

XVII

VENTANA ABIERTA

QUÉ hermosos estaban los días! Abril florido llenaba de alegrías y de esplendores el campo. Un aire de montaña que al correr por las huertas de la aldea saturábase con el olor de las flores nuevas y mecía los árboles vestidos con la pompa de las hojas primeras, llevaba á todos lados una sensación de juventud y de vida.

Ya no podía andar Antonio. Forzado al encierro abría las maderas de la ventana, en el cuarto alto de la casa, y enfermo, jadeante, con la tos pertinaz desgarrándole el pecho, sentíase un momento aliviado respirando el aire que bajaba de las sierras, fresco, en calma, como una dulce caricia.

Por la ventana entraba alegre el sol, llenando de luz toda la estancia. Sentirlo en

la cara era una delicia y Antonio buscaba afanoso su calor que á todo su cuerpo llevaba una sensación plácida. Gustábale mirar cómo el golpe de sol entraba de improviso al abrir las maderas, y los rayos encendían el polvo, tornándolo luminoso, inquieto, como un sér vivo, y después corrían por el tablado, tendiéndose sobre él á descansar perezosos.

¡Cuánta alegría! Al caer la tarde, poco á poco, iba el sol marchándose en retirada, como si le acosara la tristeza de la ida. Por último, parpadeaba con la postrera claridad en el hueco abierto de la ventana, y la sombra tornaba oscura la habitación, dulcemente triste.

Era la hora de anochecer. De codos en el alféizar, complacíase en las poéticas meditaciones. De abajo subía la fragancia de las rosas nuevas y el acre olor de la tierra removida en los cercados próximos. Todo aquello parecía la vida con que la naturaleza le brindaba, que le ofrecía generosa con cariños de madre.

Fuera, en el campo, en esa hora en que cesan los trabajos y tornan los campesinos al grato reposo de los hogares, los rumores contenían una música y una poesía sedantes, de esas que llegan hasta el fondo del alma, conmoviéndola.

De las casas salía el humo, señal de vida, quieto, inmóvil, al principio, como si sintiera alejarse, y sólo cuando una ráfaga de aire lo empujaba, iba desvaneciéndose

en lo alto, lentamente, á desganadas. Blanco, bajo el azul del cielo, era el humo sobre las casas una nota de color simpática que despertaba en el espíritu una emoción de melancolía y de añoranzas.

Frente, á distancia, alzábanse las tapias blanqueadas de la casa de *Meli*, rojo el tejado y delante el verde ramaje del castaño frondoso y casi centenario.

Allá, en un predio, las vacas perezosamente pastaban; más allá, por las veredas, los rebaños pintorescos marchaban trotones al son de las esquilas, que iban alegrando el silencio poético del valle.

A lo lejos las cimas de los montes clareaban con las claridades últimas del sol, y el cielo teñíase de rojo y de un amarillo intensos, que por momentos esfumábanse, mientras que al venir la sombra nocturna comenzaban á salir, blancas, alegres, como caras de novias á la ventana, las primeras estrellas que la noche enviaba.

Entonces, el agua de la acequia cercana, comenzaba á caer, con son alegre, en el estanque. En el silencio vespertino sonaba á música extraña. Parecía que hablaba á veces, á ratos que lloraba.

Todas las tardes, de retorno á casa, pasaba por el camino Grigorio y al verlo saludábalo. En ocasiones con él iba toda la familia y componían una pintoresca caravana, digna de envidiarse, y que en el corazón de Antonio producía melancólica nostalgia, viendo, con rápida intuición, dichas

que para él pudieron ser ciertas y que tan brevemente se truncaron. La felicidad sólo pasa una vez á la vera nuestra y es triste perderla, desviando para siempre el curso de las vidas, que hacemos, por nuestro propio error, desgraciadas.

¡Qué grupo formaban! Delante, á lomos del asno, iba uno de los chicos, espoleando los flancos de la bestia, lenta al andar.

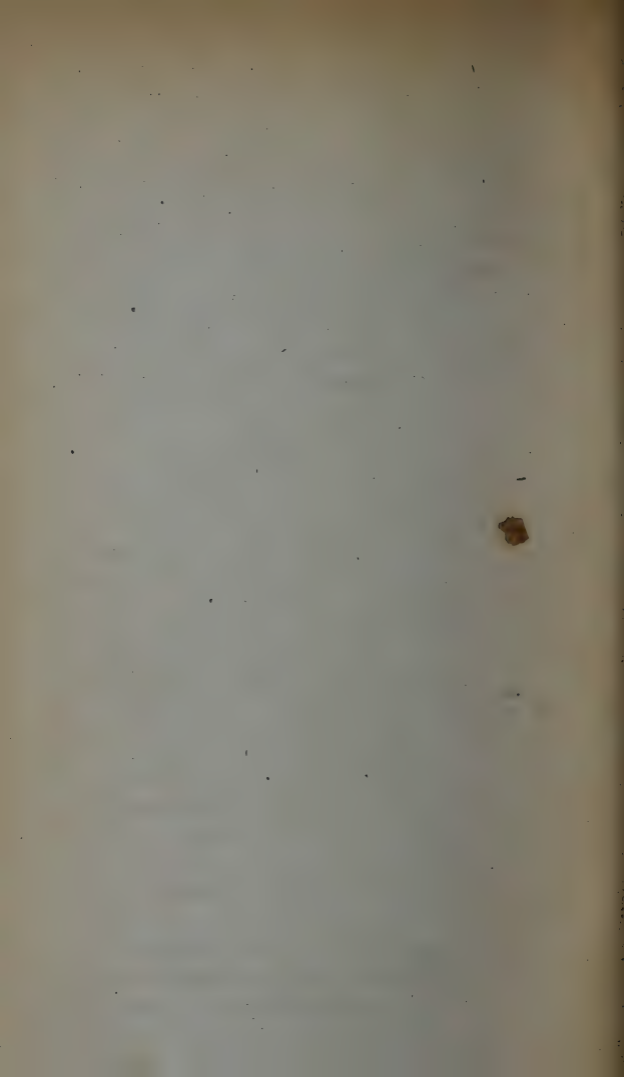
A hombros llevaba Grigorio á otro, cuyas manos entreteníanse en tirar de los cabellos al padre, riendo ambos, mientras que Mónica, su mujer, cargaba en brazos al más pequeño, dormido en tan dulce regazo. Tras ellos, la chica más crecida, una zagalilla de ocho años, inquieta y andariega, porteaba á la cabeza la cesta en que habían llevado el almuerzo al padre que trabajaba en el campo.

Con tristeza, al verlos, contestaba Antonio al saludo de Grigorio. Eran de una misma edad. Pensaba que, dé no haber equivocado el curso de su vida, también él podía haber andado aquel camino, contento, con toda la familia, de regreso del trabajo á casa. Y era triste salir á correr ahora veredas y caminos, solo, enfermo, sin alegrías, sér inútil á quien la vida no le ofrece ilusiones, mientras que, por el contrario, ya todo anhelo de ventura es dolor que desengaña y duele dentro.

Largo rato quedábase pensativo Antonio en la ventana, mirando cómo la caravana pintoresca seguía adelante, alegre, conten-

ta de vivir, camino de casa, que allá esperaba para cobijarlos á todos bajo un mismo techo.

Como si quisieran consolarlo de estas melancolías, mostrándole que la tierra nunca olvida, y que el desdén de los hombres, volubles en los afectos, los paga siempre con cariños que no cambian, de abajo subía el olor de las rosas nuevas y de lejos llegaba el son del agua de la acequia, cayendo, en el silencio de la noche, toda paz y claridad de estrellas, en el estanque cercano.



XVIII

«TRISTI AMORI»

AQUELLO acababa. No había remedio. Ya no podía andar. Hundidos los ojos, desencajado el rostro, el cabello lacio, amasado con sudor, Antonio penosamente respiraba, llevándose nerviosamente las manos al pecho como si quisiera desgarrárselo.

—¡Me ahogo!... ¡Aire!...

Pino le daba el brazo y lo sacaba al patio. ¡Cómo consolaba el sol! Mas pronto sentía frío, y estremecíase tiritando.

—¡Llévame dentro!...

Y Pino volvía otra vez á conducirlo al cuarto.

Ya muchos días no podía levantarse y entre las sábanas, convulsionado por la tos, con ojos espantados miraba las man-

chas de sangre fresca, roja, en las almohadas.

Pino quería llevarlo al pueblo para que lo vieran los médicos. Ella estaría también allí á su compañía.

—Ya iremos, mujer. ¡Si no es nada! Pero el mal arreciaba por momentos. Día por día las fuerzas iban á menos y ya casi no podía incorporarse en la cama. Los largos cabellos daban una expresión dolorosa al rostro extenuado y los labios descoloridos, al entreabrirse, diseñaban una mueca de espanto.

Toñillo, asomaba la cabeza á la puerta, y huía despavorido llorando.

En los ratos de silencio, cuando Pino salía al patio, el pensamiento de Antonio entreteníase en remontar el curso de su vida, analizándola, desmenuzándola. ¡Cuán inútil! ¿Qué huella dejaba? Nada más que cariños que olvidó y dolores que no supo remediar. La ambición de un día era pena de largos años. A la postre había conocido, con triste experiencia, la más hermosa realidad que existe sobre la haz de la tierra: vivir en el cariño de los nuestros. A costa de tamañas tristezas se aprende lo que con sólo mirar á nuestro lado claramente se advierte.

Sentía entonces asco hacia todo su pasado. Cuando sanara, en él habría un hombre nuevo. Quizás fuera ya tarde... Ante esta reflexión sus ánimos desfallecían y un pánico insuperable le hacía temblar como si

por sus huesos corriera un calofrío enfermizo y la fiebre le hiciera desvariar con estas visiones de pesadilla. ¡Morir!... Sólo á esta idea, cobrando vigores en su corazón la esperanza, creía en el triunfo perdurable de la vida. Sanaría, ¡vaya si sanaría! Entonces, vuelta á labrar la tierra, á surcar los campos, á cuidar la huerta ó, igual que siendo joven, á pastorear los rebaños en las majadas distantes. Y siempre á su vera *Meli*.

Fluctuaba su espíritu, inquietado, entre el temor y la fe. Tan pronto caía en la tristeza que piensa cercano el morir, como, movido de repentino júbilo, forjaba fantásticos planes de vida para mañana, un mañana tranquilo, feliz, en el seno de un hogar con calor de cariños que no se van.

Las noches eran lentas interminables. Las gentes de la aldea, después del trabajo, venían á verlo y tras de un rato de charla, retirábanse á descansar. Algunas piadosas mujeres quedábanse velando hasta que el alba venía á las puertas, con su claridad pálida y dulce, á llamarlas.

En silencio, los aldeanos cabeceaban de sueño, sentados en la alcoba ó en el patio, Nadie se atrevía á hablar.

—Malo está.

—No sale de ella.

—¡Chist!

Y acababan los comentarios. Acaso si algún suspiro interrumpía el silencio. Era una vieja que atravesaba el patio.

—¿Cómo?

—Acabando...

Seguía callada como una sombra, camino de su casa.

Era verdad, acababa el muchacho. Aún intentaba, en las horas de alivio, incorporarse en la cama, con la ayuda de su hermana.

—¿Oyes?... ¿Hay sol?

—Sí, buen día hace.

—Abre la ventana.

Pino obedecía. Al entreabrir los maderos, entraba por el hueco de la ventana un aire suave y un chorro de sol. ¡Qué alegre el cuarto! Los ojos de Antonio fijábanse codiciosos en aquel golpe de luz encuadrado en la ventana y más allá veía la mancha azul de un cielo tranquilo, en calma.

—¡Qué bien se está!

Los pulmones fatigados bebían aquel aire fresco que aliviaba el respirar jadeante. Luego saboreaba, como si fuera cosa desconocida, aquel olor á retamas y á rosas nuevas que subía de abajo. Mas pronto entristecía. Viejos recuerdos pasaban por su memoria hablándole de venturas pasadas.

—Hermana... ¿sabes de qué me estoy acordando?

—¿Qué?

—¡Cómo olía la madreselva de *Meli*!

Cuando comenzaron las noches de fiebre, extenuado, casi sin poder hablar ya con la voz enronquecida, á las horas de alivio, de-

liraba sueños de pesadilla, inquieto, revolviéndose convulsivo entre las sábanas.

—¡Paren!... ¡uf! Un hombre. Lo ha cogido la máquina. Miren ahí. ¿Estás, *Meli*?... Rechinan los huesos, salpica la sangre.

Y se llevaba las manos, con ademán de espanto á la cabeza, desgrediéndose. A los pocos instantes, después de un sedante reposo de los nervios, tornaba al calenturiento desvariar.



—Viejo no... ¿Me he muerto? Escarban la tierra con las uñas. No, más allá... Al tronco del castaño, junto al agua. ¡Brrr! ¡Que fría!

...Dame el cordero blanco, Gildo...

En mi aldea dicen que sois gente mala... Voy con mi madre, ¿dónde está?... ¡Madre!... ¿Está llorando?

Con llanto convulsivo comenzaba entonces á llorar. Un hipo cavernoso, contínuo, quedaba largo tiempo estremeciendo el pecho del muchacho, hasta que la tos, brutal, desgarrada, lo hacía caer rígido, como muerto, sobre las almohadas.

Llamóse al cura. No había duda, acababa. En uno de estos ataques, Antonio con la mano puesta sobre la cabeza de su hermana, la otra mano en la del párroco que en Dios le confortaba, tras de la violenta convulsión quedóse inmóvil, fatigosamente respirando.

Hubo un silencio triste en el cuarto. Fuera oíase que sonaba el rumor del agua cayendo en el estanque.

Poco después, el enfermo, con torpe lengua, murmuraba apagando lentamente la voz:

—... míos... mi...

Cerró los ojos, cerró los labios.

XIX

PASIONARIA

CUANDO se levantó *Meli* aún era de noche en los campos. Lejana, en el cielo, una estrella, cuya claridad parpadeaba, solitaria, triste como huérfana, parecía estar llorando. No podía dormir y salió al patio. Con ojos, encendidos por el insomnio y la pena, miró al cortijo de enfrente. Por la ventana abierta de la alcoba en que estaba el lecho de Antonio, á donde ella acostumbraba mirar, salía un reguero de luz, de pálida luz de cirios, esos que preside el Cristo, que alumbran á los muertos. Aquella claridad fuerte, no era la blanca y tranquila de la lámpara que acompaña las horas fatigosas de los enfermos. Más viva, más roja, salía ventana afuera, temblando de frío en el aire de la mañana. La conocía...

Comprendió *Meli* íntegra la verdad de la desgracia. ¡Todo había acabado!

Con hipo sollozante volvióse al interior de la casa, y sobre su cama, revueltas aún y calientes las sábanas, tiróse de bruces, con temblor nervioso convulsionado el cuerpo, empapando en lágrimas las almohadas. Al pasar los primeros accesos de dolor, tornóse triste, silenciosa, negándose á llorar los ojos hinchados.

A paso lento recorrió la acequia, cortando las flores en los rosales, que amontona-



ba en la falda. Después llegóse á la madre-selva del rincón donde el agua saltaba es-

pumante con un rumor de lágrimas, y con mano febril las arrancó todas. Despojada de su pompa, la pobre planta parecía, al sacudirla el viento madrugero, tiritar de frío, como un alma inconsolable.

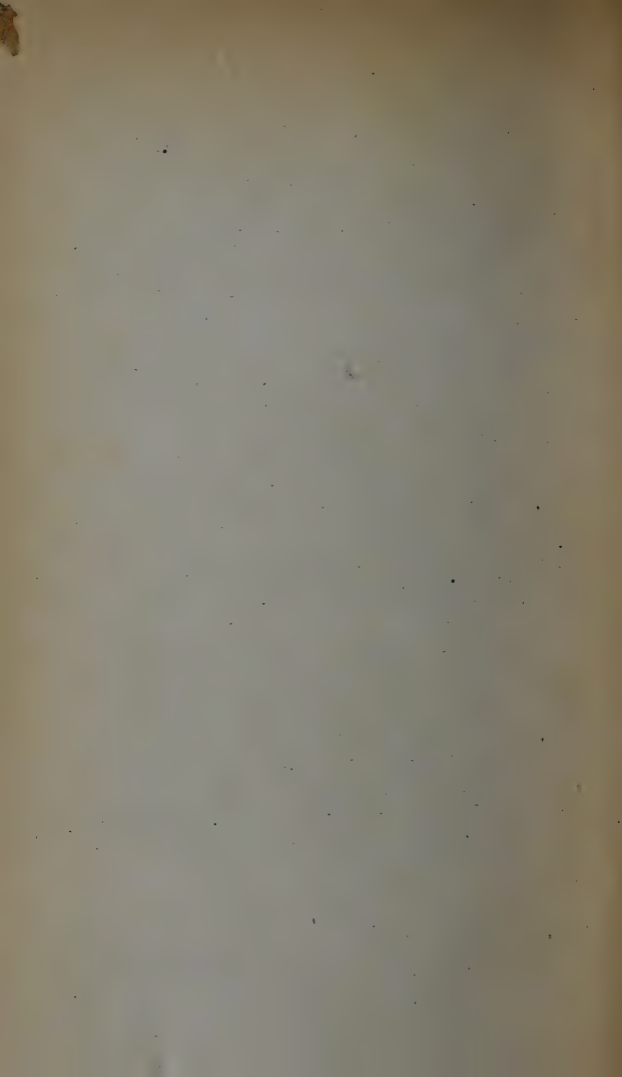
Después revolvió en la caja donde guardaba sus ropas. Allí estaba todo: las cartas que le escribiera Antonio ausente, las únicas, y su retrato desde lejos también enviado.

Allí, en un rincón, con olor á manzanas maduras, el pañuelito blanco que habían bordado sus manos, en días más felices, para llevarlo á la boda, con los dos nombres enlazados.

Lo sacó para besarlo. Luego, con un suspiro largo, en que parecía poner toda el alma, dijo tristemente:

—Sí, que le tapen con él la cara.

Y la suya cubriósela con las manos.



GENTE HUMILDE

DE casa en casa, Gildo fue dando la noticia por toda la aldea. El tío había muerto.

—¡Pobrete!—decían las viejas.—¡Dios en gloria le tenga!—Como si se acordaran de idénticas desgracias pasadas ó presintiendo otras futuras, lloraban de corazón. Y era de ver á algún labriego, recio de espíritu, con temple para el trabajo aún, movido á lástima, sinceramente compadecido, llevarse la manga del chaquetón á los ojos.

—¡Pena de chico!...

Tan pronto cundió la noticia en toda la aldea se abandonó el trabajo. Al recado de Gildo, siempre se añadía: ¿Cuándo lo llevan?

—Pa estar con sol puesto aquí, quie mi pare.

—Güeno. No hay más que icir.

A los que estaban lejos, en las cumbres pastoreando los ganados ó en los predios distantes barbechando las tierras, iban las mujeres ó los chicos á avisarles con urgencia para que volviesen presto al caserío.

Los hombres dejaban las labores y con la azada al hombro tornaban á la aldea. Los que araban desuncían las vacas para conducir las al establo y los pastores, al cuidado del más joven de los cabreros dejaban en custodia los rebaños y bajo la vigilancia de los perros. Los campos solitarios, sin el golpe de las azadas y los cantos de los boyeros detrás de las yuntas, envolvíanse en una soledad tristemente poética.

En cada casa eran parecidas las escenas.

—Mira, saca el terno.

Nada más se decía. Mientras la mujer revolvía en la caja, sacando el traje de uso solo en ocasiones solemnes, callaban ambos y acaso si un suspiro, largo y hondo, venía á romper el silencio.

—Avíate tú.

—Ya me aviaré.

—Nosotras nos vamos en casa de Pino.

—Cudíao con veníos tarde.

—Tan y mientras golveis, la haremos compañía.

—Güeno.

En otra casa, el diálogo, tomaba distinto sesgo.

—Mía tú. Lo que es hoy, mal ha venío esto. Se me quea un bancal á medias.

—Qué se va á hacer.

—¿Faltar? ¿Yo? ¡Más que se pierda la cosecha!

Desde mucho antes de la hora prevenida ya estaba llena de gente la casa del muerto. En un rincón de la sala, con Maruja y Toñillo cerca, que miraban con asustados y curiosos ojos la negra caja sobre una mesa, Pino sollozaba, lamentando la mala suerte. Dos mujeres acompañábanla llorando con ella al prestarla consuelos, mientras que los hombres agolpábanse en el patio, y en corros, de pie ó sentados sobre los muros bajos de la cerca, comentaban la malaventura del muchacho que moría en plena juventud, cuando feliz podía ser, como aquellos otros mozos de su edad, sanos, contentos, que vivían en la aldea.

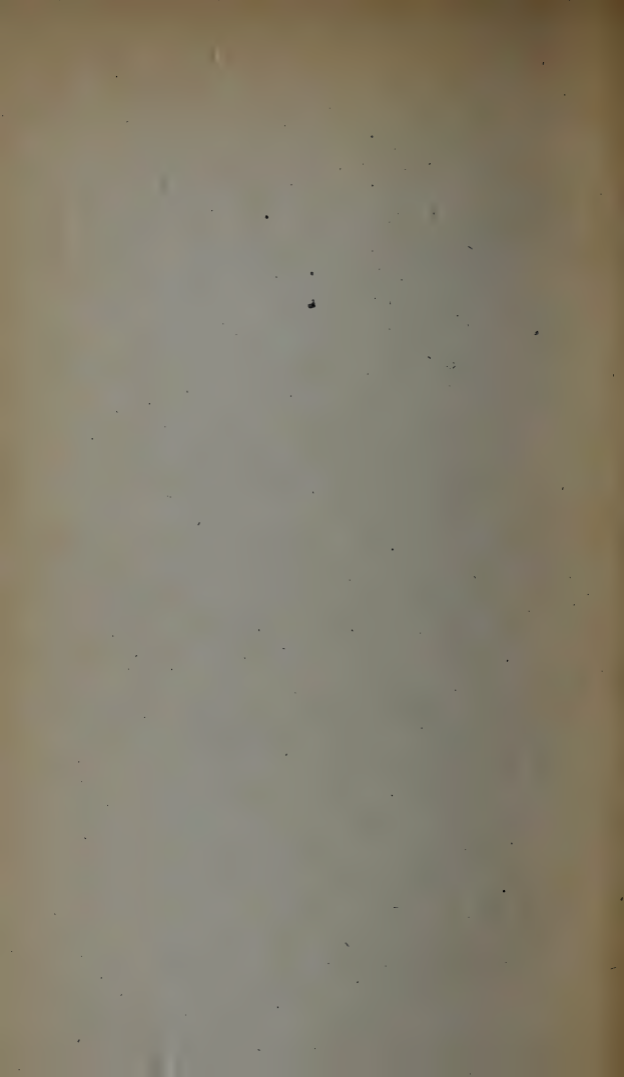
Ya era hora. Gaspar apareció en la puerta.

—¿Quién carga?

—Los mozos — dijo Grigorio. — ¿Quién acompaña?

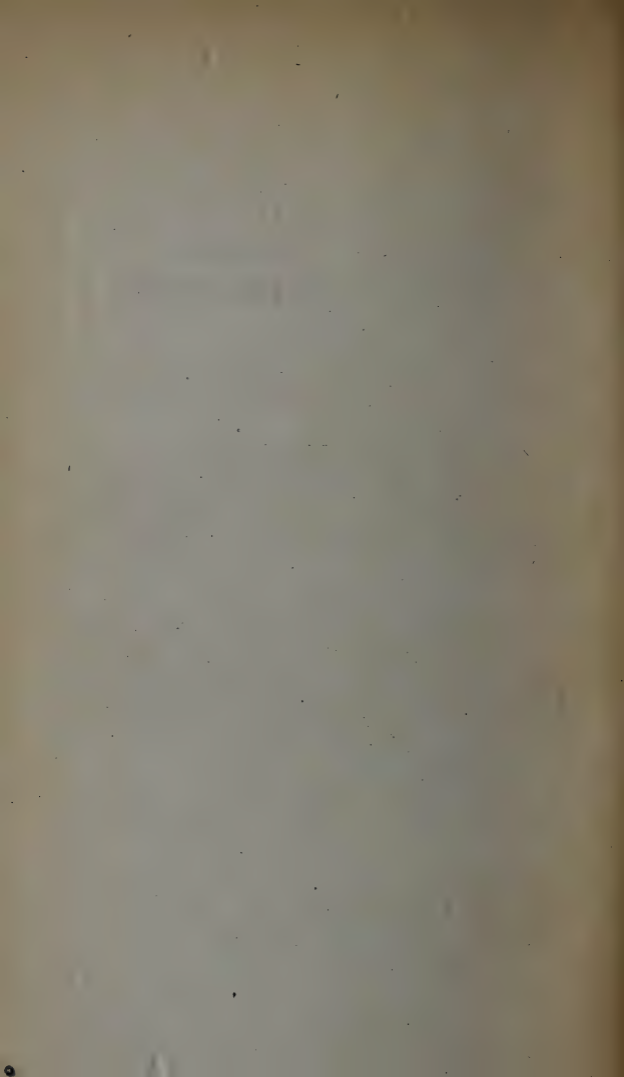
Buen golpe de muchachos se apresuró á entrar en la sala, más el señor Pedro, grave, con actitud resuelta, imperiosa la voz, en medio del patio, repetía:

—No, ¡diantre! Pa esto, aun servimos los viejos.





No se oía ya cantar tras el festón de hojas verdes y flores de la madreSelva. A veces el golpear de la ropa en el lavadero escuchábase con el son del agua que corría por la acequia. Allí, por aquel hueco de la madreSelva, como balcón rústico, no volvió á asomarse más, en largo tiempo, la cabecita de *Meli*, con los ojos grandes y los cabellos negros...



ALGUNAS OPINIONES REFERENTES Á LA BIBLIOTECA "PATRIA," (1)

Para que el público pueda hacerse cargo de su alcance social y patriota, extractamos aquí algunas opiniones referentes á la BIBLIOTECA PATRIA.

En la época que alcanzamos los llamaré (á los propósitos de la Biblioteca) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.

Juan Fastenrath.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da á su desapercibida inteligencia con las *lecturas baratas* que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte á la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.

José María de Pereda.

Aplauzo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima Biblioteca «Patria».

Marcelino Menéndez Pelayo.

El novelista, el dramaturgo, el escritor cualquiera que no repara en medios y no reconoce en su camino vallas ni óbice alguno de orden moral para satisfacer las ansias de su codicia y los estímulos de mundana gloria,

(1) Extractadas de cartas dirigidas al iniciador de la *Biblioteca*.

tiene muchas más probabilidades para conseguir fortuna y honores que aquel otro que sigue la senda trazada por la ordenación divina, sin separarse á derecha ni izquierda.

Estas razones y otras más que omitimos por no ser menos óbvias, tuvo indudablemente en consideración el «Patronato Social de Buenas Lecturas» al fundar la BIBLIOTECA PATRIA DE OBRAS PREMIADAS, una de sus instituciones más gloriosas, que dió ya al mercado literario un centenar de primorosos libros sin las flojeces que aunque respetables por su intención, hacen ineficaz á la producción literaria llamada blanca para combatir las naturalistas y obscenas.

Antolln López Peldez,
Arzobispo de Tarragona.

Juzgo esa Biblioteca muy beneficiosa para la cultura nacional.

Francisco Silvela.

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.

Armando Palacio Valdés.

Abundo en las ideas que sustenta la Biblioteca «Patria», estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra á que se dedica.

El Duque de Rivas.

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.

Manuel Polo y Peyrolón.

La Biblioteca «Patria» por su ya larga historia y por su limpia y cristiana tradición, merece mi más ferviente simpatía.

Ricardo León.

BIBLIOTECA PATRIA es el hogar de los novelistas honrados.

Fr. P. Fabo.

Es muy antigua mi convicción de que la cultura no consiste en divulgar los conocimientos más elementales, sino en preocuparse de que los entendimientos nacidos ó despertados á la luz de las letras, encuentren lecturas dignas en que ejercitar el entendimiento. La obra del «Patronato Social de Buenas Lecturas» acude en buena parte á esta necesidad; y en tal concepto suscribo los elogios que antes que yo formularan autoridades como Menéndez y Pelayo, Pereda, Silvela y León.

Antonio Maura.

292221

Author Guerra, Angel

LS

G 934c

Title Carifios.

DATE.

NAME OF BORROWER.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

